

C # 2

Colección Ariel



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Cuadernos 76 y 77

COLECCION ARIEL
REPERTORIO AMERICANO
PUBLICADO EN CUADERNOS QUINCENALES POR
J. GARCIA MONGE
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

Condiciones:

La serie de 12 cuadernos (en Costa Rica): ₡ 3.00.

La serie de 12 cuadernos (en el Extranjero): \$ 2.00 oro am.

Número suelto: ₡ 0.25

768 páginas,

dos libros de escogida, variada y reconfortante literatura

POR TRES COLONES

LAS REVISTAS

MERCURIO

La celebrada Revista literaria e ilustrada de Nueva Orleans. Agente en esta ciudad de San José: Antonio Font.

HISPANIA

El número 50 de esta importante Revista, que se publica en Londres, contiene dos interesantes artículos: LOS NEUTRALES Y LA GUERRA, y LA VERDAD RESPECTO A LA POSICIÓN BRITÁNICA, expresamente escritos por Lord Cromer y Sir Frederick Pollock para el público de habla española. Además de las NOTAS EDITORIALES, firmadas por Hispano, figuran en el Sumario una CARTA DEL EPISCOPADO BELGA AL EPISCOPADO ALEMÁN, una Poesía de G. Zéndegui, y los artículos siguientes: LO QUE ALEMANIA VA PERDIENDO, por B.; ¿HA SIDO UN FRACASO EL CANAL DE PANAMÁ?, por Ignatius Phayre; LIBROS CASTELLANOS, por B. Sanín Cano; AMENAZAS A LA LIBERTAD PARLAMENTARIA, por A. de Ma-

CERVANTES EN COSTA-RICA

0 # 2.

COLECCION ARIEL

CERVANTES EN COSTA-RICA

*Homenaje al escritor insigne, en el
tercer centenario de su muerte.*



1916

SAN JOSE DE COSTA RICA — A. C.

Imprenta Greñas

COLECCION ARIEL

CEBARRANTES EN COSTA-RICA

Estudio de la familia y de la vida social de los cebarrantes en Costa Rica



INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS Y SOCIALES

23 de Abril de 1916



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

E. G. Rodó
111.

La ocasión obliga, con igual imperio, a esta América nuestra. El sentimiento del pasado original, el sentimiento de la raza y de la filiación histórica, nunca se representarían mejor para la América de habla castellana que en la figura de Cervantes. Cualesquiera que sean las modificaciones profundas que al núcleo de civilización heredado ha impuesto nuestra fuerza de asimilación y de progreso; cualesquiera que hayan de ser en el porvenir los desenvolvimientos originales de nuestra cultura, es indudable que nunca podríamos dejar de reconocer y confesar nuestra vinculación con aquel núcleo primero sin perder la conciencia de una continuidad histórica y de un abolengo que nos da solar y linaje conocido en las tradiciones de la humanidad civilizada. Y esa persistente herencia no tiene manifestación más representativa y cabal que la del idioma, donde ella se resume toda entera y aparece adaptando a sus medios connaturales de expresión las adquisiciones y evoluciones sucesivas. Confirmar la fidelidad a esa forma espiritual que es el idioma y glorificarla en el recuerdo de su escritor-arquetipo, es, pues, el modo más adecuado y más sincero con que América puede mostrar el género de solidaridad que reconoce con la obra de sus descubridores y civilizadores.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(Del artículo *El Centenario de Cervantes.*)

Carta

Señor Profesor García Monge.

Muy señor mío y amigo:

En contestación a su estimada, donde usted se refiere al propósito de que celebre ARIEL en esta República el «tercer centenario» de la muerte de Cervantes, debo, ante todo, elogiar tan buen proyecto, y muy propio de la intelectualidad costarricense; y después, decirle «sincero mis primeras impresiones», y «recuerdos personales»—como quiere usted—, sobre «Don Quijote» y su autor, uno y otro inmortales por sabios, aunque algo locos, y por personas decentes, aunque bastante desgraciadas.

Tengo, a la verdad, muy presente el recuerdo de mi primera lectura del Libro, en una hacienda del Vicario Castillo y Gómez, tío abuelo y padrino mío, adonde por otoño íbamos a la cogida de castañas y peras de cuelga... La edición era en medio folio mayor, buena letra, papel fuerte y forro de flojo pergamino, impresa en Lisboa el mismo año de lo que ahora se recuerda, 1616. Parecía Misal el bendito libro, pero flácido, sin registros, apergaminado; y si entonces me pareció misal flaco, luego he podido diputarlo por «vera efigies» del propio «Caba-

llero de la Triste Figura», y comprendo cómo ciertas cosas se parecen a las personas y ciertas personas a las cosas... Verá usted lo que pasó una noche.

No pudiendo yo, a pulso con semejante mamotreto, el señor Vicario bajó de su altar un atril y, puesto el religioso mueble en la mesa que iba a serlo también, hasta cierto punto, me dispuse a officiar de lector de doce años, en alta voz y con acento reposado... Pero antes se había rezado el tercio, y sufrido mi feble personalidad algunos pellizcos despertadores. Ya bien despabilado, dije quedo: «entraré al altar de Don Quijote», sin poder añadir contestando: «de Cervantes que regocija mi juventud»... Porque si bien me habían divertido mucho aquella tarde las estampas, aun estaba yo muy lejos de creer que toda posible ilustración del «Quijote» queda siempre muy inferior a su lectura.

Pues comienzo:

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme»... y aquí me planto, de buenas a primeras, y dice mi padrino:—Sigue, hombre, vas bien y bien te oímos: serás tenor, si Dios no lo remedia... Y yo a él: Hay algo que no entiendo... Entonces se detiene el señor Castillo en medio del salón donde paseaba de largo a largo, y dice: sigue, hijo, sigue; que yo tengo leído algunas veces nuestro libro, sin entender del todo bastantes lugares: siempre nos enseña y, sobre todo, nos divierte... Pero, vamos a ver, ¿en qué te paras, o qué reparas? Tal vez podamos ayudarnos y allanar dificultades. No esperes mucho, sin embargo...

—Pues dígame que me sorprende y ataja esto de

«no quiero acordarme»..., cuando todos queremos acordarnos de lecciones y cuentos, aunque sean mentira, y más cuando el autor de un libro tan grande (me refería, naturalmente, al tomo y su formato) debe de ser muy sabio y gozar de buena memoria. —Bien se acordará, dice el Vicario, pero ahí lo disimula con gracia y mucha intención; por más que no suelen caer en ello los de otras lenguas. —Según eso, el autor era malicioso y hombre de segundas intenciones. —¡Ya lo creo! Mas, sobre todo, fué desgraciado y pobre... —¿Le hicieron daño, acaso, en ese «lugar de la Mancha», y no quería acordarse de su nombre?

—Bien pudo ser, porque en todas partes le iba mal. Fué a la guerra y perdió una mano en Lepanto, cuyo glorioso triunfo se relaciona con la institución del santo rosario que rezamos; se embarcó y lo cautivaron muchos años en Argel: ya leerás su aventura en ese mismo libro; fué, por necesidad, cobrador de contribuciones, y, por trabacuenta más o menos, cayó en la cárcel de Sevilla, donde comenzó a escribir el libro ése, grande, a tu parecer, por su volumen y realmente grande, más que todos, de las Sagradas Escrituras abajo, por su contenido en sabiduría, virtud cristiana y católica hermosura...

Entonces ya era tarde para continuar, y no lémos más aquella noche..., la cual pasé casi toda en vela, pensando en lo mucho que había aprendido, sin pasar del renglón primero de aquel maravilloso libro. Porque, en efecto, supe desde allí que había Sagradas Letras; supe de Historia y Geografía cosas grandes y salvadoras de la Cristiandad, y muy bellas cosas de Retórica y Filosofía prácticas; de aven-

turas desventuradas de Cervantes; de la vida humana, finalmente, y de sus altibajos deplorables... Y todo ello en el propio umbral del palacio encantado y encantador. Creo que allí no más se me despertó el gusto literario y hasta cierto espíritu que, de no haberme dedicado a la enseñanza, me convirtiera en regular hombre de letras, o acaso en crítico para juzgar de literatos y literaturas.

Ahí tiene el amigo y maestro Monge un «recuerdo personal» mío y de larga fecha, puesto que la cosa pasó en 1843... En cuanto a mis «primeras impresiones», también debo decir que, leída la Primera Parte, sin notas, en aquella temporada de campo, terminé la Segunda y superior en la ciudad con otra edición de muchas notas que me ayudaron a comprender cada vez más, aunque siempre me pareció imposible comprenderlo todo. Mucho después y al cabo de varias lecturas concernientes al «libro y su autor», veo claro con espejuelos del eruditísimo y demasiado «bibliófilo» Gallardo, que «el Quijote es mina inagotable de discreciones y de ingenio;»... que «es mucho libro éste»... de profunda filosofía; lo de menos es ridiculizar la caballería andante; es, ya tan sabrosa, no es sino la corteza de esta fruta sazónada del árbol provechoso de la sabiduría: su meollo es mucho más exquisito, regalado y sustancioso»...

Y visto de otro lado y bajo más general concepto, bien se comprende que toda persona de talento encuentre en el Quijote cuanto busca y halle a veces lo que no buscaba, para contemplar un Cervantes a su gusto y modo de pensar, hasta el punto de proclamarle racionalista y librepensador, siendo

como vivió y murió «cristiano católico», según declara él mismo; comunista, revolucionario hasta la más demente anarquía, siendo como fué buen servidor de Obispos, Cardenales y Reyes...; en fin, todo lo encuentran todos en sus obras, porque «El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra,» siendo en persona la más viva representación de la humanidad, contiene en sí mismo y expresa con arte natural todo lo humano y todo lo divino según conceptos racionales. Por eso es grande, universal y hombre completo.

VAL. F. FERRAZ

(24-I-16).

Dios y hombre

*Crear: es la consigna del genio sobre el mundo
y, mariscal del genio, Cervantes fué fecundo;
titán insuperable de la clásica España
modeló su prodigio.*

*Tejió la telaraña
de su frase que brilla con fulgor soberano
usando la madeja del espíritu humano:
la humanidad que lucha con aspas de molino
y que también bosteza por ser largo el camino,
la humanidad que adora su casta Dulcinea;
la humanidad cobarde que esquiva la pelea.*

*Cervantes por la gloria de su genial ardor
ha grabado su planta junto al Sumo Hacedor.*

*
*
*

*Llorar y ser altivo: para la humanidad
es ésta la consigna de toda heroicidad,
y enjugando ante todas las miserias el llanto
nació de las reyertas el Manco de Lepanto.*

*Lo mordió la miseria con su diente felino,
él puso su coraje como venda de lino
sobre los dolorosos desangres de la herida,
ya que sufrir fué siempre su misión en la vida.
En su Quijote vibra la aguda carcajada
que oculta las tristezas. Tiene lumbre dorada
la placa que recubre la sombra del sagrario
igualmente solemne que el dolor del calvario.*

*Rey de los espíritus, Cervantes fué mendigo
en la vida, y apenas pudo encontrar abrigo
para escribir el libro que supo en lengua hispana
decir toda la ciencia de la existencia humana.*



*Dualidad triunfadora: creación, sufrimiento;
miserias corporales y fe en el pensamiento;
tal nos enseña siempre la Sagrada Escritura
los grandes sufrimientos de Dios hecho criatura;
la gloria se engalana con sangre de martirios
para después ser pura, lo mismo que los lirios.
Acariciando ideas y tristezas triunfantes
se hizo glorioso el nombre de Miguel de Cervantes.*

Hernán ZAMORA ELIZONDO

Don Quijote se va

El jurado que me tocó en suerte presidir aquella tarde estuvo unánime en condenar al acusado: pero hice con tan sólidos argumentos su defensa, que mis colegas—dos artesanos y dos humildes mercachifles—vencidos por «mi elocuencia» acabaron por declararle absuelto. El hecho era de lo más vulgar: dos viajeros llegan a la posada de un pueblecito de Alajuela y se burlan de la ventera que sale a recibirlos; ella contesta y sus palabras pican tan en lo vivo a los dos mocetones, que désenvainando sus machetes desafían a la mujer a que salga a la calle; ella sin vacilar descuelga el cuchillo de su marido ausente y se dispone a batirse, cuando entra en escena un nuevo personaje. Era un fôrastero llegado a la posada pocos días antes en compañía de su criado. Según declaración de la ventera, debía de ser muy anciano, acaso centenario, a juzgar por lo apergaminado del rostro, lo enjuto del cuerpo y el bigote, más que blanco, amarillo como el marfil viejo. Parecía persona culta y comedida y su única ocupación se reducía a pasar los días leyendo de claro en claro y a veces las noches de turbio en turbio, mientras su criado cuya gordura contrastaba cómicamente con la escualidez del amo,

huroneaba por las cocinas. Pidió dicho caballero cortesmente a la mujer el arma que empuñaba y arremetiendo con brío a los dos jayanes les descalabró bonitamente, motivo por el cual fué procesado y habría pagado cara su generosidad si yo no le hubiera defendido como tengo dicho.

.....

Quando volví esa noche a mi casa, situada en las afueras de la ciudad, la luna iluminaba el polvoriento y solitario camino que se dilataba serpeando por el llano como los interminables senderos que cruzan los campos de la Mancha. Frente a mi quinta y en mitad de la calle estaba parado un jinete, y aquella figura inmóvil y rígida allí y a tales horas hizo correr un escalofrío por mis venas. Al acercarme bajó de la silla el extraño personaje e inclinándose ceremoniosamente como los cortesanos de antaño, me habló en estos o parecidos términos: «Descortés fuera yo por todo extremo, y más que descortés, desagradecido, si al irme de este lugar para siempre no viniera a manifestar a vuestra merced cuánto estimo la que me hizo, librándome de las garras de la justicia, si así puede llamarse el dar apariencias de legalidad a los abusos del rico contra el pobre y del poderoso contra el desvalido».

Sobrecogido por el tono solemne y el estrafalario aspecto de aquel viejo alto y huesudo, apenas me atreví a balbucear:

—¿Pero quién es usted?

—¿Quién soy? Yo mismo lo ignoro. ¿Cuál es mi nombre? lo he olvidado. Unos dicen que ha varios siglos me mató un soldado manco y soy ahora un alma en pena; y debe de ser así, porque muchos me

llaman el *espíritu de la raza*. Recuerdo apenas que nací en España y vine a estas Indias persiguiendo un ideal que desesperé de hallar en el viejo mundo. Hidalgo nací y mi ley es la justicia, mi religión el honor y mi norte la verdad. La señora de todos mis pensamientos se llama *la felicidad humana*; pero la ha hecho invisible un maligno encantador que me tiene ojeriza, y por encontrarla he acometido las empresas más dificultosas. Puse mi espada al servicio de los pueblos en lucha con los tiranos, procuré levantar con fuerte brazo a la virtud escarnecida por la maldad, a la sabiduría obscurecida por el charlatanismo, a la hidalguía vencida por la mezquindad, a la pobreza insultada por la opulencia: y en dondequiera he visto alzarse triunfantes a los déspotas, a los perversos, a los hipócritas y a los canallas.

Ya el hombre vuelve a ser la fiera primitiva: su ciencia se reduce a destruir; ya no presenta batalla a sus enemigos, pues encuentra más cómodo asesinarlos a mansalva y arrasas las ciudades sin perdonar niños ni mujeres. Honradez, honor, equidad, patriotismo, compasión, abnegación y nobleza son palabras anticuadas o vacías de sentido en nuestra lengua. Sabios, artistas, héroes y santos se llaman hoy *desequilibrados* o *majaderos*; quien defiende al débil contra el fuerte, es un loco entrometido; quien no exprime a los demás en provecho propio, es un tonto; quien impide a dos malsines que hieran a una mujer, es un criminal.

Los caballeros de antaño tenían un Dios, una patria y una dama; los mercaderes de hoy no tienen más Dios que el dinero, más patria que el mos-

trador ni más dama que la bolsa. El centro de gravedad de los griegos y romanos estaba en el cerebro, el de los caballeros medioevales en el corazón, el de los burgueses actuales en el estómago. Mi reinado ya pasó: ahora comienza el de Sancho...

Dicho esto el misterioso personaje subió con dificultad sobre su montura y se alejó a buen paso.

—¿Adónde va usted? le grité.

—Me vuelvo a mi aldea, contestó sin volver la cabeza; pero ahí les dejo a mi escudero.

.....
—P. S. Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que la primera parte de esta historia es rigurosamente exacta; no puedo asegurarte otro tanto de la segunda, pues yo mismo dudo de su realidad e imagino que todo fué una alucinación provocada por la semejanza de los llanos de Alajuela con los famosos campos de Montiel.

c. GAGINI

Febrero 1916

El Quijote de Cervantes

*Crear un sér tan noble en su destino,
que cuanto mira todo lo abrillanta;
y el pensamiento y la ilusión levanta
a grande altura del vivir mezquino.*

*Opugnarle otro sér en el camino,
que al suelo apega la prosaica planta
y, despreciando la ilusión que encanta,
al pan lo llama pan y al vino, vino.*

*Y de ambos seres, juntos y distintos,
hacer que el drama de la vida brote
como producto de los dos instintos,*

*eso, que nadie osó concebir antes,
al dar la luz a su inmortal Quijote,
muerto de risa lo alcanzó Cervantes.*

Félix MATA VALLE

En el tercer centenario

de la muerte de Cervantes

Si Cervantes hubiera podido conocer el éxito maravilloso de su Don Quijote, a través de los tiempos y naciones, es probable que el estímulo instintivo por pulir y perfeccionar su obra, habría dejado en ésta las huellas de un estudiado amaneramiento que la privaría de su profundo buen sentido, su gracia rebotante y fluidez en el decir.

De donde podemos sacar que la de Cervantes, como toda inocencia, fué preservativo de toda corrupción.

FÉLIX MATA VALLE

El libro de los españoles

Tiempo ha que había colgado la pluma; y ahora, agradecido del señor García Monge, que se acordó de mí con motivo del Centenario de Cervantes, la he tomado en la mano. Pero estaba herrumbra-da y en sólo limpiarla se me ha pasado el tiempo.

Luego la falta de costumbre me había hecho olvidar hasta las concordancias.

Así, pues, muchas veces la he empuñado para escribir el artículo solicitado y otras tantas la he soltado por no saber cómo empezar, quedando luengo rato «con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en la mesa y la mano en la mejilla», pensando lo que había de decir.

No faltarían, como dice el Manco de Lepanto en su prólogo, citas que poner para darlo de erudito, pero supongo que lo que querrá el solicitante sea algo producido por la observación propia.

¡Pero para observar está uno ahora! A menos que se observen las miserias de la crisis, para lo cual no se necesita ser un lince, ya que a cada paso tropieza uno con ellas en la forma de una mujer andrajosa o de una chiquilla sucia que tienden la mano suplicante.

Ese libro es un tesoro; es la representación de las dos fases de la personalidad humana, la espiritual, representada por don Quijote, y la material, significada por Sancho Panza.

Fantaseador, vivaz, delirante, loco, mejor dicho, don Quijote es la manifestación de la vida intelectual que durante la Edad Media, principalmente, informó las costumbres feudales de la época. Práctico además, decidor de refranes, la ciencia infusa del pueblo bajo español, glotón, interesado y egoísta, Sancho Panza es la encarnación de ínfima ralea analfabeta de todas las naciones del mundo.

Al leer a don Quijote se recuerda la estancia en esos pueblos de veraneo en los cuales hay un cura, un barbero y algún estudiante travieso en vacaciones al que le revienta la risa por todo el cuerpo y le da de figón y de burlador, con gran contentamiento de los veraneantes.

Con esa lectura se demuestra el gran influjo que sobre el alma ejercen libros leídos con demasiada atención y frecuencia, generadores de monomanías y tendencias insanas. Hace poco decía un periódico local, y antes había sido dicho por otras personas, especialmente por los curas, lo peligroso que es dedicarse con ahinco insensato a leer novelas; y achacaba ese periódico a esa causa la racha de suicidios que se había levantado. Y tenía razón el periódico. A don Quijote le volvieron loco los libros de caballería de cuya lectura se indigestó.

Hubo otra época de romanticismo en que también los que leían con avidez esa literatura dementaron.

Y ahora con las novelas naturalistas, que han degenerado en pornográficas, el amor se traduce en

bofetadas, como lo tradujo Lantier, el amante de Nana, o en asesinato, como le sucede al héroe de *La bestia humana* o a cualquier amartelado cursi.

Esos acontecimientos son el producto de la lectura de novelas por causa de las cuales cada lector desequilibrado quiere, a manera de don Quijote en su línea, convertirse en héroe y fábula del pueblo.

* * *

La obra de Cervantes es una cinta cinematográfica de la vida donde aparece todo lo que humanamente sucede: noviazgos, muertes, desafíos, determinaciones violentas como las de Cardenio y Dorotea, que concurren con la penitencia de don Quijote en Sierra Morena; picardigüelas de estudiante y burlas de poderosos con alma de estudiante, ilusiones de bobo y delirios de mentecato; fazañas de bribón y advertencias de mujer juiciosa... En fin, que a más de la formación y génesis de la lengua castellana, hasta entonces romance, el libro es compendio de la vida, espejo de delirantes, repertorio de refranes y biblia de los escritores españoles, que lo estudian, lo comentan, lo exprimen, como los árabes el *Corán*.

El libro de Cervantes, con respecto al castellano, es lo que la Divina Comedia al italiano, las obras de Homero al griego, las de Virgilio al latín y *El Paraíso Perdido* al inglés.

Son esos escritores los que dieron alma y vida a las lenguas en que escribieron y de los que sacan los maestros reglas de elocución y bien decir.

Dos tendencias tuvo ese libro: una de utilidad social, que fué dar muerte al gusto estragado por los libros de caballería, «aborrecidos de tantos y alaba-

dos de muchos más», del número infinito; y otra, dar un retrato de la humanidad en dos personajes que la exhiben en sus dos manifestaciones más patentes, el ideal representado por el amo, y lo rastreado de que, tanto en su parte física como en la moral, es fotografía Sancho Panza.

Avellaneda, amojamado, viendo el espíritu a costa de la materia, sin orientación práctica y empujado por tendencia irrealizable a resucitar tiempos y costumbres que fueron, y que en la época de don Quijote eran un anacronismo, el Ingenioso Hidalgo no pensaba ni en yantar por reflejar una institución pasada de moda en la forma en que la quería imitar.

Pues que variada la forma, aun hay quijotes por el mundo, sin rocinante, sin lanza, sin adarga, sin coselete, yelmo y visera, que se dedican a desfacer agravios, enderezar tuertos, enmendar yerros, corregir abusos y... sudar calenturas ajenas, como tan gráficamente se dice entre nosotros.

Ineducado, tragón, cebado, dicharachero, sin más propósito que el de la vida material, Sancho tiene también su representación en el avaro por lo sórdido, en el vagabundo por su vivir al día, en el pegote adherido a un pródigo, en el indolente que todo lo espera de los poderosos. El tipo de Sancho se atiene a lo de que quien al buen árbol se arrima buena sombra lo cobija; que a quien Dios se la dá san Pedro se la bendice, que más vale un toma que dos te daré y que de todo palo se hace un santo; es el eterno pretendiente de ínsulas; y todo su patriotismo lo reduce a obtener una sinecura y vivir en el dulce «no hacer nada», atacando desde su posición a

todo lo que mira abajo brillando más por su talento, su valor o su riqueza.

En estos países de la América Latina, principalmente, cuántos Quijotes y Sanchos pululan.

Tierra nueva, instituciones por crear, cimientos por poner, naturaleza pródiga, de ambiente tibio que convida a la vagancia, se ven en esta parte del mundo santones que viven cantando himnos a la democracia, embaucando a la multitud, alimentándose de sus prédicas que no falta quien elogie, repartiendo hojas sueltas para sacar las cuales piden escoto a cándidos; santones quijotescos que no están en presidio porque en ese rodar de las repúblicas no falta quien ocupe su industria de farsante en cada olimpiada en que hay que hacer juego.

Pero este tipo más que don Quijote es un pícaro. El verdadero Quijote americano es el que cree a pie juntillas en las instituciones republicanas que tanto se decantan en estos países, el que toma a pecho elecciones que no son más que distracciones periódicas, el que riñe por cuestiones políticas sobre entidades o propósitos que no existen, el que se hace matar por atacar círculos gobernantes que después de su sacrificio renacen, ora con los mismos personajes—camaleones políticos que lo mismo trinan «La Marsellesa» que el *De profundis*—y sirven a todo gobierno de acuerdo con la frase *ubi panis, ibi patria*, ora con nuevos elementos que después de graznar abajo, cuando suben son peores que los que fueron derrocados.

Ese Quijote, ese honrado idólatra de los ideales republicanos, es el que en América española representa al Ingenioso Hidalgo Manchego.

¿Y Sancho? Asco da hablar de los que lo representan en estas repúblicas.

Que en una monarquía decadente haya Tigelinos, que en una nación desmoralizada existan Anitos, que en una autocracia se ocupen espías, puede explicarse; pero que en una república cuya cartilla— así son todas las del nuevo mundo—no deja que desear en punto a instituciones escritas, existan seres degradados que por no adoptar ocupación honesta, se dediquen a espiar los movimientos de gente honrada que lo más que pudieran ser sería Quijotes sinceros; que pongan oído a lo que hablen sus víctimas para ir, corrigiendo y aumentando, a ponerlo en conocimiento del gobernante bastardo que le paga su chisme o servilismo con el mendrugo que le arroja en forma de sueldo o de giro cargado a eventuales, es incompatible; y esa especie de Sanchos desacreditan a la democracia y escarnecen a la república.

Esa gente corresponde al santón de que se trató antes.

El hombre que vive al día, que el sábado se bebe con sus amigos el salario de la semana, sin importarle su esposa e hijos que esperan; el vagabundo que se dedica a buscón de los poderosos; el que pisa los talones a aquel que mediante una peseta lo tiene incondicionalmente a sus órdenes; el que solicita dinero so pretexto de tener enferma a su mujer o de comprar caja para su niño que se le antoja muerto, y engañando a éste y enterneciendo a aquél reúne cada día una cantidad para vivir sin trabajar; el que se convierte en adulador de cualquier «Ilustre Góchez» que perore en calles y plazas, creyen-

do que habla en serio y que no tiene hacha que afilar; el que abandona sus obligaciones, sus quehaceres y su hacienda por correr detrás del primer demagogo que salta en tiempo de elecciones y que a su vez es escudero de otro interesado que le paga porque vaya a popularizarlo con alabanzas desmedidas, elogios inmerecidos y endiosamientos indebidos; el que sin fijarse en su destino humano mira de soslayo a la escuela y no piensa más que en lo material de su existencia, arrastrando en esa dirección a la familia que está bajo su custodia, el que no teniendo méritos que le abonen es capaz de cometer cualquier bajeza con tal de que le prometan una ínsula en forma de Agencia de Policía o Jefatura Política para saciar en estos puestos venganzas personales mezquinas, satisfacer malas voluntades, cometer atropellos, reirse de la dignidad humana, atropellar las garantías individuales y escarnecer la justicia que leyes imprudentes le encargan de administrar; esos tipos son trasunto del carácter y modo de ser

De Sancho Panza, escudero del manchego Don Quijote, ponen pies en polvorosa por vivir a lo discre-

cuando se derrumba la facción a que sirven ocasionalmente, mientras se pegan al que surja.

Villanos conozco yo que los sacaron de montaña apartada y los han puesto a gobernar de tan mala manera que sólo por las irregularidades del tiempo han podido sostenerse en los puestos que inmerecidamente ocupan.

Bien está que para ciertos puestos sólo gente de

esa clase puede hallarse: una persona decente se degradaría aceptándolos.

* * *

El gran valor de la pluma de Cervantes consiste en haber destruído la extravagante preocupación que por los libros de caballería se había popularizado, preocupación denodada, que hacía más daño que las novelas pornográficas de hoy, porque al fin la prostitución es eterna, como la humanidad, y las instituciones caballerescas fueron nube que pasó cuando los albores de la edad moderna aparecieron por el balcón de oriente. Hoy todavía quedan en el duelo resabios de caballería, que al fin no todo se desarraiga enteramente, pero aún a ese rastro caballeresco se le ha hallado su ridículo con la institución de almuerzos de conciliación; y de ese modo el episodio humano que comenzó con la remembranza de don Quijote, concluye ocurriendo a la alforja de Sancho y empinando la bota a la manera como éste lo hizo con su compadre Tomé Cecial, el de las narices de pasta y barniz, escudero del Caballero del Bosque cuando «divididos caballeros y escuderos estaban contándose éstos su vida y aquéllos sus amores». Puede ser que tales modos de acabar los arrogantes desafíos sean un efecto lejano de la ironía gastada por Cervantes en su inimitable libro *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

ISIDRO MARIN CALDERÓN

San José C. R. 5 de marzo de 1916.

De cómo Clavileño no fué destruido

El castillo de los duques que con tantas burlas acogieran a don Quijote había venido muy a menos. Siglos transcurrieron desde aquel entonces y en el tiempo que aconteció lo que se cuenta aquí, un descendiente lo habitaba con sus dos nietos. Los techos se habían hundido, los gruesos muros cuarteábanse, la hiedra subía torres arriba y el musgo asomaba su melancolía entre las piedras que se bamboleaban. El jaramago hacía su ronda que canta el abandono, en torno del castillo; el viento arrastraba a lo largo de las galerías su voz triste y glacial y en las paredes de las vastas salas los tapices caíanse a pedazos. El tráfago de pajes, escuderos, dueñas y demás servidores se fué con los años y ahora la tos seca del viejo duque siempre sentado en su sitial de alto respaldo, el paso cansado del mayordomo anciano y el ruido de las llaves del ama sententona, eran los que interrumpían la fría tranquilidad de la mansión.

Los nietos eran dos niños tristes: doña Ana Margarita con sus quince años ya cumplidos, tendida en el lecho desde hacía tres con aquella enfermedad extraña que la tenía sin fuerzas para caminar. Al ver su bello rostro tan pálido entre la blancura de los almohadones se pensaba en un tallo que al

florecer hubiese sido sorprendido por una helada. Y el heredero del título, el duquesito Santiago, con doce años, un niño silencioso, amigo de pasar las horas muertas asomado al brocal del pozo del patio, escuchando caer las gotas que rezumaban por las paredes o tendido en la hierba atento al cri-cri del grillo campestre. Al ayo le era preciso cerrar las ventanas de la habitación a la hora de las lecciones, porque a lo mejor la atención de su discípulo se escapaba de los latines hacia los cielos o campos adelante.

* * *

Por las noches reuníanse en la gran cocina en torno del fuego, el ama con su rueca, el ayo, el mayordomo y el pastor de cabeza cana envuelto en su pelliza de piel de cabra que no lo desamparaba a pesar del calor que el buen fuego esparciera. El niño se acomodaba en el rincón más oscuro y con los ojos entrecerrados miraba la danza de las llamas en el techo y en las paredes y escuchaba los decires de aquellas gentes.

El huso del ama bailaba entre sus dedos y el niño recordaba oyéndolo, el canto del grillo campestre. El pastor labraba una fantasía suya en un trozo de madera y el ruido seco y pacífico en que parecía vaciarse el pensamiento del buen viejo ponía en el oído del niño algo indefinible que lo hacía sonreír sin saber por qué.

* * *

El ayo trajo una noche un libro para leer durante la velada.

—Hojeando este libro que relata las peregrinas aventuras de un tal don Quijote de la Mancha, he encontrado un divertido pasaje, que parece tomado de la crónica guardada en los archivos de esta casa. Yo he venido a deducir después de varias comparaciones, que los duques aquí nombrados son abuelos de nuestro señor el duque actual.

El mayordomo dijo:—Leed, leed, mi señor don Tomás, pues estoy en ascuas, por saber si la historia que decís es una que yo sé y que ha ido pasando en nuestra familia de padres a hijos. En ella se habla de un tal don Quijote, un loco de remate y de su escudero quienes se hospedaron en este castillo.

Leída la aventura de don Quijote y Sancho sobre el caballo de madera Clavileño, el mayordomo interrumpió al lector:

—A fe mía, mi señor don Tomás que no es muy verdad lo que allí dice, porque según esa letra Clavileño se hizo cenizas o trizas lo cual no es cierto. Quién sabe por qué causa la madera no prendió fuego al volar el animal por la acción de los cohetes de que estaba preñado.

—Tenéis razón amigo—replicó el ayo—. Según la crónica leída por mí, Clavileño no ardió. Un criado recogió los miembros dispersos y los volvió a reunir por orden del duque, quien se propuso guardarlo para mostrarlo a sus amigos cuando les refiriese una tan acabada burla.

Y el mayordomo añadió:

—Habéis de saber, hace muchos años al transportar los muebles de una sala cuyo techo se hundió, a la torre que llamamos del Peregrino, hallé un

extraño armatoste de madera perfectamente conservado, parecido en la figura a un caballo. Las señales del fuego que llevaba en las ancas y el agujero del cuello en donde estuvo la clavija que le hacía volar, me hicieron suponer no era otro que Clavileño el Alígero, sobre el cual ese don Quijote cabalgara con el fin de desencantar a las barbudas dueñas. Nuestro caballo fué construido de buena madera y seguramente aún se conserva sano en la sala de la torre del Peregrino.

* * *

Otro día, apenas las lecciones lo dejaron libre, el niño se escabulló hacia la torre del Peregrino. No le costó mucho trabajo desprender una pieza a la carcomida puerta. Con el corazón tembloroso ascendió por la escalera en caracol. Las piedras se desprendían y los murciélagos lo abanicaban con sus alas pegajosas. Arribó a la rotunda sala por cuyas ventanas de vidrios de colores entraba la luz. Los últimos rayos de un sol primaveral se deslizaban a través de los cristales rotos y ponían su alegría en los arcones, en los tapices y en los retratos seculares.

Frente al retrato de una rubia dama vestida de amazona con su azor al puño—quizá el retrato de la hermosa y bromista duquesa de que nos habla Cervantes—estaba todavía en pie Clavileño el Alígero sumido en la indiferencia que tienen las cosas inanimadas.

Largo rato lo contempló el niño. La dama del azor sonreía a través de una capa de polvo.

Miró en torno suyo como si buscase algo y al

ver en una panoplia una espada de rica empuñadura sonrió y de un salto—cosa increíble en él dada su tristeza—la descolgó con gran trabajo y la llevó consigo arrastrando. De otro salto encaramóse en Clavileño, sobre el mismo sitio en que el Caballero de la Triste Figura descansara sus posaderas. Bamboleóse y crujió resentido el caballo, pero no cayó.

Con la diestra en la espada, la siniestra a la cintura y el rostro encendido, emprendió un viaje por los aires el duque niño.

La brisa se colaba por los huecos de las ventanas y hacía flotar en torno de la cabeza la cabellera rubia del muchacho. La señora del retrato miraba aquella desenfrenada carrera imaginaria con sus burlones ojos azules.

* * *

El duque Santiago iba a una gruta encantada en donde manaba una fuente de agua milagrosa. Un dragón con la boca más grande que la puerta del castillo, guardaba la entrada. Sin embargo era preciso traer de esta agua que curaba todas las enfermedades a su hermana doña Ana Margarita. Para no tener miedo bastaría recordar la dolorosa mirada que palpitaba en los ojos zarcos de la niña.

Desmontó, dió golpes con la espada a derecha e izquierda, mató el dragón, cogió el agua y cabalgó de nuevo. Ahora una de sus manos tenía el gesto de sostener un cántaro.

Doña Ana Margarita tomó el agua: inmediatamente florecieron sus mejillas y sus labios y en sus pupilas tembló la alegría como una gota de rocío

sobre una flor. Corrían cogidos de la mano a través de los campos de trigo y a su paso las alondras sorprendidas subían hacia el cielo azul y cantaban: ¡Buenos días doña Ana Margarita! Nos alegramos de que no estés tendida en tu lecho mirando el campo que enmarca tu ventana. Tu hermano mató el dragón y te trajo el agua de la vida. Es un valiente tu hermano!...

El tintineo de las esquilas del rebaño que pasaba bajo la torre lo trajo a la realidad. Su hermana no corría cogida de su mano por los trigales, sino que en ese instante contemplaría desde su lecho, tristemente, los campos envueltos en el crepúsculo.

El niño tenía lágrimas en los ojos.

* * *

La luna nueva brillaba sobre el cielo sereno.

Se escuchaba a lo lejos la gaita de un pastor.

El duque Santiago emprendió otro viaje: quería ver las Siete Cabritas, aquellas cabrillas que según el decir de Sancho eran «como unos álelíos o como unas flores», «dos verdes, dos encarnadas, dos azules y una de mezcla». El no tenía que llevar los ojos vendados. Subía y subía. Las nubes le decían adiós al pasar.

La luna nueva ponía su luz inocente y mansa sobre el crepúsculo y viéndola, recordaba la sonrisa resignada que se tendía sobre el rostro de su hermana cuando él acariciaba sus manos.

Llegó al prado en que pacían las Siete Cabritas. Bajó de su cabalgadura y suplicó a una estrellita errante que pasaba, tuviese cuidado de Clavileño.

La hierba del prado era azul, cuajada de flores

brillantes. Las cabras eran tal cual las describiera Sancho. Bien era verdad que el escudero no habló de los críos que éstas tenían entre las piernas, más blancos que la miga del pan que amasaba la Virgen María, ni de la esquila de oro que llevaban al cuello.

Bajo un árbol, una linda cabreriza vigilaba el rebaño. Tenía una estrella en la frente e hilaba un copo luminoso. La doncella estaba triste y había soltado el hilo que flotaba en el aire.

—Ah! Bien. Ahora sabía de dónde procedía aquella hebra de luz que tantas veces viera brotar de la estrella semejante a una ascua que hay en la vecindad de las Cabritas. Era allá en el castillo de su abuelo, cuando él de noche de codos en su ventana contemplaba el cielo con los ojos llenos de lágrimas por la pena que le daba doña Ana Margarita. Esa estrella tan alegre, tan inquieta, tan diferente a la niña, atraía sus miradas y a él gustábale prender en su pupila el hilo de luz que temblaba en el aire.

El se acercaba a la cabreriza y la saludaba arras-trando por el suelo el plumero de su toca. Se percataba que de los ojos de ella brotaban lágrimas. He aquí un horrible lobo tan grande como un toro y con siete hileras de dientes venía cada día y le comía un animal. Ella se desesperaba por sus Siete Cabras! Ofrecíase el duque a matarlo. Escondíase tras un matorral; el lobo se acercaba rugiendo y echando fuego por los ojos. No tenía miedo, empuñaba la espada con una sola mano y de un tajo cercenaba la cabeza a la fiera. Llevábala a los pies de la cabreriza que lo besaba. Luego ella

abría el zurrón, sacaba queso tierno, higos y miel y almorzaban sobre la hierba. Como la cabreriza era linda la quería hacer su esposa. Dios le pondría entonces también a él una estrella en la frente. Pero el padre de la pastora era un rey muy malo y....

* * *

A la hora de la cena el niño no parecía. El pastor dijo que él lo viera esa tarde escurrirse por un vano de la puerta de la torre del Peregrino. El mayordomo y el ayo fueron en su busca y encontraron al nieto de los duques que con tan festiva crueldad se burlaron de don Quijote, dormido sobre el cuello de Clavileño.

CARMEN LIRA

Psalmo lírico en el día de Cervantes

Señor, la hora es propicia para cantar. Os ruego pongáis temple a la lira que en oblación entrego a la divina gracia del inmortal manchego.

Haced que se alce un arco de arquitectura extraña sobre la tierra nuestra hasta la noble España para cruzar buscando la gloria de su hazaña.

Un arco alzado en norma para los navegantes que iremos cual Jasones de modernos talantes para saber las fuentes que nos legó Cervantes.

Señor, porque es preciso que lo sepáis: en vano se habla de un culto bueno para ese vuestro hermano que entonces se llamara Don Alonso Quixano.

Porque nadie ha sabido consagrar con esmero un momento a la noble vida del Caballero y en cambio, todos saben del bien de su escudero.

Y si alguno al hidalgo por sus tratados ama verá hacer un rimero de libros en la llama pues que viven el Cura y el Barbero y el Ama...

*Ahora priva todo lo que no tenga Idea:
porque está de mal tono que nuestra Dama sea
Doña Aldonza Lorenzo si ha de ser Dulcinea.*

*Señor, y tal andamos que en verdad maravilla
ver por esos caminos, con almete y cuchilla,
armados caballeros a gentes de trailla.*

*Y es que estamos a usanza de menguadas razones,
pues andan malandrines y sandios y follones
luciendo sus lorigas cargadas de blasones.*

*Ya nadie exalta el noble prestigio de su lanza;
sólo miran su alcuza con curiosa acechanza
y horadan los repletos cueros de Sancho Panza.*

*Señor, y nadie quiere confesar su pecado:
a costa del hidalgo se llenan de un bocado
y béganse del dulce, del loco iluminado.*

*Algún buen pastorcillo y una buena zagala
ladinamente ríen la aventura tan mala
que libró en el añasco de Andrés y su adahala.*

*Porque nadie se piensa que Don Quijote pudo
cerrar contra el vecino de Quintanar, Haldudo,
sólo porque le dieran pretinas en desnudo!*

*Señor, y en el recodo del lejano camino
bostezan de cansancio las aspas del molino
esperando otra lanza y otro mal peregrino.*

o lo que no tenga Idea:
 al tono que nuestra Dama sea
 Lorenzo si ha de ser Dulcinea.

amos que en verdad maravilla
 rinos, con almete y cuchilla,
 os a gentes de trailla.

os a usanza de menguadas razones,
 andrines y sandios y follones
 gas cargadas de blasones.

el noble prestigio de su lanza;
 ceuza con curiosa acechianza
 epletos cueros de Sancho Panza.

quiere confesar su pecado:
 lgo se llenan de un bocado
 lce, del loco iluminado.

torcillo y una buena zagala
 e la aventura tan mala
 añasco de Andrés y su adahala.

piensa que Don Quijote pudo
 vecino de Quintanar, Haldudo,
 ieran pretinas en desnudo!

recodo del lejano camino
 ancio las aspas del molino
 anza y otro mal peregrino.

Los venteros se obstinan de esperar las consejas
 de aquél buen caballero que arengaba a las viejas
 y embrazando la adarga daba con las ovejas.

Señor, y los cuitados galeotes, todavía,
 cargan la honda furiosa de su bellaquería
 contra el que va a librarlos de toda villanía

Luscinda y Dorotea aún están llorando
 y no hay quien enderece la acción de Don Fernando.
 Y todo se está immune... Señor, pero hasta cuándo?

Hoy los Duques mohatras lucen su desparpajo
 y están todas las cosas puestas como en dornajo
 para que los batanes tiren de arriba a bajo.

Todo está tan menguado ya por el buen sentido!
 Señor, vos que os armásteis Caballero invencido,
 haced que se haga amado su nombre escarnecido.

Que haya el amor de un culto para su noble empeño,
 y que tengamos siempre—como él a Clavileño—
 su nombre para hacernos llegar hasta el Ensueño.

Y al fin, todos tengamos cantos por su hidalguía,
 salmos para su gloria, fe por su bizarria,
 y que loemos todos su nombre en este día.

Rogelio SOTELA

El Quijote

Joyero que guarda los tesoros del idioma castellano; estrella que guía a los Reyes Magos del bien decir; filigrana de pensamientos; selva de proposiciones donairosas y flexibles que tan pronto envuelven la idea severa, inspirada en sanas máximas de política o de filosofía, como muestran la daga de una ironía que desconcierta y vence sin humillar, y despierta en los espíritus, no un sentimiento de amargura, sino la sonrisa de satisfacción que inspiran las hidalgas luchas de los tiempos medioevales y la devoción a una dama de cabeza soñadora y de rostro hermoso, como supremo trofeo de una vida de sacrificios y privaciones; manantial donde se sacian los amigos de las letras; faro que indica a los bergantines que navegan en el mar del esfuerzo literario, el lugar de arribo seguro; escala de luz en el alcázar del arte; talismán del deleite; nube de incienso en el pebetero del ideal; arca de cristal salvada del diluvio de la indiferencia; caballero del ensueño en la real caballería de la palabra; oasis en los desiertos arenales de la buena literatura; honra de un siglo; orgullo de un pueblo; gloria de un hombre; báculo de una época literaria; y red donde fueron aprisionadas las expresiones más sonoras y armoniosas de una lengua de elevada estirpe y de

El Quijote

uarda los tesoros del idioma caste-
le guía a los Reyes Magos del bien
de pensamientos; selva de propo-
sas y flexibles que tan pronto envuel-
ra, inspirada en sanas máximas de
sophía, como muestran la daga de
lesconcierta y vence sin humillar, y
espíritus, no un sentimiento de
la sonrisa de satisfacción que inspi-
luchas de los tiempos medioevales
una dama de cabeza soñadora y de
como supremo trofeo de una vida
privaciones; manantial donde se sa-
de las letras; faro que indica a los
navegan en el mar del esfuerzo lite-
e arribo seguro; escala de luz en el
talisman del deleite; nube de in-
etero del ideal; arca de cristal sal-
o de la indiferencia; caballero del
al caballería de la palabra; oasis en
nales de la buena literatura; honra
illo de un pueblo; gloria de un hom-
na época literaria; y red donde fue-
as las expresiones más sonoras y
una lengua de elevada estirpe y de

clara historia; eso es El Quijote, el libro que «El Manco de Lepanto» dió al mundo como fruto de sus mejores esfuerzos, y que, colocado en el altar de la fama donde cien y cien sacerdotes de la literatura offician con la devoción que la obra reclama, recibe a diario el homenaje entusiasta del ejército castellano.

Cervantes tuvo la soltura de Lope de Vega, la elocuencia de Granada y el natural gracejo de Quevedo; y superó a todos los artistas del habla española en la combinación elegante de los términos castellanos. Su pluma ha sido reconocida como la más castiza, hasta por los críticos más exigentes, como Gioberti, Hegel, Schlegel y el eminente estilista don Juan Valera. Los ratones literarios no se atreven a roer la obra cervantina, y los escritores estudiosos sólo se ocupan de ella con objeto de aplaudirla y para sosprender formas delicadas y bellezas íntimas del lenguaje.

¡Qué admiración tan justa la que el *Quijote* nos merece! La gloria de Cervantes es eterna, como eterno es el triunfo de la belleza y la verdad. No podríamos, no, destruir el pedestal que su genio levantó para orgullo de la humanidad entera, como no sería posible oscurecer el mérito de La Biblia, compañera desde hace varios siglos de la obra cervantina. Ambos libros tienen altares, sacerdotes y fieles. La Biblia y El Quijote se encontraron un día y juntos siguieron por el camino de la gloria, el uno, inspirando la poesía del sentimiento piadoso, y el otro, despertando el amor al arte literario y la devoción a la vida del ensueño.

El Quijote es un lingote de oro que los soldados

de la lengua hispana guardan en la urna del triunfo. ¡Qué de frases hermosas no atesora! ¡Qué de delicadezas innumerables no encierran sus páginas de corte fino y elegante! En ellas, rugidos imponentes, voces marciales, toques de clarines, ecos de himnos guerreros, redobles de tambores imperiales, ruidos de caballerías enjaezadas con primor, que piafan en los empedrados de un castillo señorial, frases pastoriles, notas patrióticas, huracanes de voces castellanas, cantos de sirenas, tañidos de campanas de ermita, murmullos de fuentes, sonrisas de ninfas, gorjeos arpinos, silbidos de auras, armonías suaves y besos de frondas perfumadas que vagamente se perciben en la tranquilidad de un ambiente sereno, lleno todo de aromas delicados y de dulces cantos de rruiseñor... ¡Qué conjunto tan complejo! Pareciera que para armonizar tan varias notas de arte se hubiera inspirado Cervantes contemplando el mar, las montañas, mil leones, mil garzas reales, mil astros, muchos cóndores, águilas caudales, mariposas, flores y pájaros; y teniendo un amor, un sólo amor, grande, puro, definitivo, que diera abrigo a su alma gentil, llena toda de noblezas y dispuesta siempre a consumirse en la hoguera infinita de la idea.

RICARDO GINESTA

pana guardan en la urna del triunfo.
 hermosas no atesora! ¡Qué de deli-
 tables no encierran sus páginas de
 ante! En ellas, rugidos imponentes,
 toques de clarines, ecos de him-
 redobles de tambores imperiales,
 erías enjaezadas con primor, que
 mpedrados de un castillo señorial,
 s, notas patrióticas, huracanes de
 s, cantos de sirenas, tañidos de cam-
 , murmullos de fuentes, sonrisas de
 rpinos, silbidos de auras, armonías
 de frondas perfumadas que vaga-
 en en la tranquilidad de un ambien-
 do de aromas delicados y de dulces
 or... ¡Qué conjunto tan complejo!
 ara armonizar tan varias notas de
 nspirado Cervantes contemplando
 añas, mil leones, mil garzas reales,
 os cóndores, águilas caudales, ma-
 pájaros; y teniendo un amor, un
 de, puro, definitivo, que diera abri-
 ntíl, llena toda de noblezas y dis-
 a consumirse en la hoguera infinita

RICARDO GINESTA

Retorna...

*Retorna a la vida, genial caballero,
 si no viene Sancho... seré tu escudero.*

*Como el primer día
 dormita la tierra desnuda y vacía.
 Sopla en el planeta,
 como en la terrífica visión de un profeta,
 un viento que anuncia mortal cataclismo:
 se acerca el abismo.*

*De uno a otro polo
 la infamia, el encono, la envidia y el dolo...
 Do está la nobleza de tiempos mejores
 y la gallardía de los caballeros
 que con el escudo de los soñadores
 fueron a la gloria por amplios senderos?*

*Do están los hidalgos, bravos paladines,
 que contra los bajos y contra los ruines
 sentimientos, iban, con la adarga al brazo
 dejando a su paso
 simientes de amor?*

*Todo eso ha caído;
 sobre ello ha echado su velo el olvido.
 De los viejos tiempos de caballerías*

*y de corazones llenos de hidalguías
se hundió la memoria;
si acaso la gloria
recogió sus gestos francos y valientes!
Mas sus descendientes,
los que hallamos senda abierta con sus manos,
vivimos en baja lucha de gusanos,
disfrazando nuestras infames pasiones
con la vanidad de civilizaciones
que en la ardua carrera de ya dos mil años
sólo han dado luto, miserias y engaños,
que después de tanto prestigio y renombre
han hecho del hombre lobo para el hombre.*

*La humanidad vive de filosofías
estériles como si fuera teorías
de más o de menos lo que nos liberte
de este caos, siempre vencerá el más fuerte,
habrá siempre altares para la perfidia,
y de entre las sombras bien podrá la envidia
lanzar su veneno
contra lo que es limpio, es grande o es bueno.*

*En cada camino
se eleva un molino,
no un inofensivo molino de viento
como los del cuento,
sino un armatoste de horror y quebranto
cuyas aspas peinan vientos de hondo espanto.*

*Quijote, querido señor soberano,
pronuncio tu nombre con sombrero en mano,
el alma en los labios, tan unciosamente*

*como lo merece tu ideal doliente,
ideal de una humanidad hidalga
que sea buena y justa, valga lo que valga.*

*Señor Caballero de triste figura,
ven, torna a la vida, la vida es muy dura
desde que te fuiste,
porque desde entonces el débil y el triste
no tienen amparo; si vieras, oh! rey,
religiones, dioses, gobiernos, la ley,
sólo han sido formas de cruel tiranía...
Ya no vendrá el día
que soñó tu numen de loco sublime;
mientras tanto, gime
en su cárcel de hambres la pobre miseria
que en la humana feria,
cubierta de harapos, asqueada y vencida,
es como un despojo del mar de la vida.*

*Señor don Quijote, cual nuevo Mesías
te espero hace días.
Las viudas, los pobres y los desvalidos,
los que por tu lanza fueron defendidos
y en tu brazo hallaron amparo y abrigo,
te siguen llamando su mejor amigo.*

*Por las avenidas amplias y lujosas,
deshojando rosas,
pasa en su carruaje triunfal la riqueza,
mientras la miseria que, tímida, reza
a un dios sordo y ciego,
hilvana su ruego
con interjecciones de amargo dolor.*

*Regresa a la vida; nadie todavía,
tocado ha tu lanza de leal bizzarria,
y el alma del pueblo que tu genio canta
a estas horas grandes tu gloria levanta.*

*Retorna a la vida, genial caballero,
si no viene Sancho... seré tu escudero;
y si Rocinante te desconociera
nos iremos juntos por la carretera,
ya no a la cruzada de infeliz andanza
pero sí a la siembra de alguna esperanza
que diga a los hombres,
sin mentidos nombres,
un santo evangelio de fraternidad.*

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

En Marzo, 1916

A PROPÓSITO DEL CENTENARIO

Toca a los pueblos de habla española celebrar el Centenario de la muerte de Cervantes. La hora de oro ha sonado para que los maestros nos empeñemos decididamente en una labor que nos merece cariñosa atención: despertar y alimentar en mentes y corazones infantiles un profundo amor por nuestro idioma.

Poco cultivado en el niño, este sentimiento degenera en el hombre en indiferencia, hasta parecer que el sagrado nombre de Lengua Materna sale de los labios desteñido, como si no naciera en el corazón.

Para hacer más vivo este afecto ¿no convendría iniciar a los niños en el conocimiento de nuestros mejores escritores? Y en los actuales momentos ¿no sería prudente darles a conocer trozos del Quijote? Eso sí, del Quijote tal como el sublime genio de Cervantes lo concibió, no el Quijote mutilado, que con el agregado de «Para los Niños» vemos en las vitrinas de las librerías. ¡Como si fuera permitido desfigurar el Arte antes de darlo a la infancia!

Que un niño no puede comprender todo el Quijote, cierto es. Pero goza con sus humorismos, aprende a amarlos, y de aquello que no puede comprender

guarda una interrogación que más tarde trata de contestar.

Tengamos presente que el inmortal autor del Quijote tuvo la intuición de que su libro iría a todas las manos. ¿No dice Sansón Carrasco que «*los niños lo manosean, los hombres lo entienden y los viejos lo celebran?*»

ANGELA BALDARES

Marzo 1916

MI PRIMERA LECTURA DEL QUIJOTE

Leí por primera vez el *Quijote* a la edad de doce años, cuando el castellano era un idioma casi nuevo para mí. Siendo muy niño me llevaron a París, olvidé la lengua materna y tuve que volverla a aprender a mi regreso a la patria. Antes de que esto sucediera, tan sólo había leído en el idioma de Molière, y en materia de literatura no conocía más que trozos escogidos de los grandes autores del Siglo de Luis XIV, novelas de Julio Verne y de Gustavo Aymard con que me habían permitido recrearme en las vacaciones y algunas otras, menos inocentes, que mis condiscípulos me facilitaron a hurtadillas.

En la excelente biblioteca que poseía mi padre encontró mi afición a la lectura vasto campo en que ejercitarse. Empecé, como era natural, por las obras francesas y fuí descubriendo a Víctor Hugo, Lamartine, Musset, Balzac, Dumas. Más tarde seguí con los autores españoles, siendo el primero Larra, cuyos escritos chispeantes me deleitaron. Abierto el nuevo y rico filón, no paré hasta agotarlo; y ya había saboreado obras de Calderón, de Lope, de Tirso, de Francisco de Rojas y de los modernos Bretón de los Herreros, Moratín y Mesonero Romanos, cuando mi padre, que observaba con interés la calidad de mis lecturas, puso en mis manos el *Quijote*.

Recuerdo que lo abrí al iniciarse una de esas tardes diáfanas y tibias, que son uno de los encantos de Alajuela en la estación seca y que yo aprovechaba para correr los campos con mis amiguitos o montar a caballo, ejercicio que para mí era el colmo de la felicidad. Sin embargo, aquella tarde mi jaco se quedó en la cuadra, porque me fuí engolfando en las andanzas del caballero de la Triste Figura hasta el punto de echar en olvido mi pasatiempo favorito.

Esa primera lectura de la obra inmortal de Cervantes es uno de los recuerdos más gratos y precisos que guardo de la infancia. He vuelto a leerla cinco o seis veces en distintas épocas de mi vida, encontrando siempre en ella nuevas bellezas y enseñanzas admirables. Porque el *Quijote* es el libro de todas las edades, por ser el más humano de cuantos se han escrito.

R. FERNÁNDEZ GUARDIA



Jocunda
Yo se quien
1874



MELANCOLIA
Dónde estás
Serena mía

Das impressiones que han
seguido de una lectura
José M. O'Connell

Ofrenda

I

No recuerdo con entera claridad la impresión que me produjo mi primera lectura del *Quijote*. Era yo muchacho, sin la preparación necesaria aun para entender cabalmente, en algunos pasajes, el lenguaje del autor. Con otras lecturas verificadas sin selección ni orden, fué la de *El Ingenioso Hidalgo*, una de las primeras que realicé solo, sin la dirección o asistencia de maestro o profesor.

Lo que sí puedo asegurar es que de tal lectura logré esparcimiento, sano regocijo, que no pudo dejar de cumplirse en mí lo que Cervantes dice de su obra:

«Yo he dado en D. Quijote pasatiempo
al ánimo melancólico y mohino,
en cualquier sazón, en cualquier tiempo.»

No estoy completamente cierto de haber entrevisto—siquiera muy vagamente—su risueña y amable filosofía, de haber comprendido en las figuras de los dos héroes principales la cifra y resumen de la vida humana, los dos polos de la existencia, las dos contrarias tendencias del cora-

zón y del espíritu: ensueño y realidad, sacrificio e interés, caridad y egoísmo, tendencias de cuyo equilibrio, así en los hombres como en los pueblos, resulta la vida armónica, bien sentida y bien cimentada, fecunda en acción y contemplación, con visión perfecta de su valor y destino.

Tal vez acerté, aunque nebulosamente, a ver el más admirable contraste que nos puede presentar una obra literaria, en los dos héroes—que salvo ligeros descuidos, en pasajeras ocasiones—conservan en todo el libro maravillosa unidad de carácter; la que consigue y determina la continuada situación cómica y aun diré mejor, dramática, que provoca con frecuencia la risa franca, la carcajada sonante y saludable, y no pocas veces la reflexión grave y profunda y el análisis doloroso.

Lecturas posteriores, con preparación mejor, con más experiencia y con conocimiento de muchos más libros para la comparación, hicieron brotar en mi alma la admiración sin límites, el canto interno, mudo, pero fervoroso, del entusiasmo ardiente y del amor vivo para el libro inimitable y para el escritor inmortal.

Y fuí uno de los devotos del Gran Ingenio; y puedo afirmar que desde entonces no he dejado trascurrir muchos días sin realizar la lectura parcial del libro estupendo, y aun la lectura íntegra, cada vez que ha llegado a mis manos una edición que me haya presentado una interpretación nueva, un comentario atrayente, algunas notas interesantes, originales y sugestivas.

He vivido el *Quijote* como puede vivirse: aplicando a los casos o circunstancias de la vida

las situaciones y las frases del gran libro; lo mismo en burlas que en veras, tanto en las ocasiones de expansión y risa, como en los momentos graves y solemnes y aun en las horas profundamente tristes y angustiosas.

He vivido el *Quijote*, principalmente en la época en que a diario me comunicaba—en la Inspección de Enseñanza—con aquel cultísimo amigo—inolvidable para mí, ya arrebatado por la muerte: Buenaventura Corrales.

Devoto, aun más que yo, de Cervantes, siempre tenía en los labios alguna frase de la admirable novela para acomodar a la situación del momento; ya con motivo de la dueña menesterosa que solicitaba un puesto en nuestras escuelas, ya del maestro desterrado por la necesidad en las honduras y quebradas de los *Bajos de Tarrazú*, de *El Rosario* o de *Barbacoas*, bien del maestro novel, por lo general incipiente e insipiente, bien del engréido y fatuo, bien del holgazán, amigo del descanso y de la pitanza; ora del agudo y maleante, ora del altivo y agrio de genio, pronto siempre a quebrar lanzas con el Inspector, por una observación metodológica o por cualquier reparo en punto de disciplina; igualmente, a propósito de informes, resúmenes de estadística, listas de servicio, cuadros de maestros, expedientes, y mil trabajos más de aquella oficina, repleta siempre de papeles, y visitada todos los días por maestros, aspirantes, juntas de educación, tesoreros escolares y otros más, directa o indirectamente interesados en nuestra enseñanza. Pero, sobre todo, teníamos en la boca las frases

del Manco Insigne, a propósito de nuestras dos personas: alegrías y tristezas, pobreza y opulencias relativas, satisfacciones y desencantos, viajes, fatigas, visitas, exámenes... todo lo rimábamos con textos de nuestro libro favorito.

Nunca ví un cervantófilo tan convencido y fervoroso como mi excelente amigo. Puedo decir que a su lado coroné y terminé el templo de mi culto para el maravilloso escritor.

II

Redactaba Corrales un informe de la Inspección General de Enseñanza, informe que luego metió algún ruido y fué largamente comentado por una persona ilustre de nuestras letras, anciano lleno de mérito que aun hoy mueve la pluma con el entusiasmo de la juventud y con la frescura y lozanía de mejores años.

Trabajábamos, hacía ya varias horas, en una misma pieza, y Corrales me hostigaba para que me diera prisa en terminar un capítulo importante de aquel documento; pero ya tenía yo más deseo de palique que de calentarme el cerebro con observaciones pedagógicas.

—Bueno, contestó a mis tentativas de palique; ahora, silencio; trabaje Ud. y permítame trabajar... o se va a otra parte y me deja tranquilo.

Con lo que guardé silencio y me puse a borrar cuartillas, pero al cuarto de hora levanté la cabeza y miré a mi amigo que estaba en plena producción, moviendo rápidamente la pluma. Entonces le dije:

¿Quiere Vuesa Merced darme licencia que departa con él? que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querría que se me malograra.

Probablemente mi compañero sentía también necesidad de descanso intelectual y de expansión, pues dejando el trabajo enojoso, departimos amigable y regocijadamente, durante buen rato, lo que fué tónico provechoso para nuestros cerebros, de modo que una hora después concluíamos nuestra tarea, *no sé si con bien cortada o mal tajada péñola.*

Dió Corrales un *no* rotundo como contestación a un individuo que solicitaba una plaza en el magisterio. La negativa era muy fundada en razones de capacidad y moralidad; pero el individuo se creció en soberbia y en ira, y escribió a mi amigo una carta furibunda, en que le hartaba de denuestos y le negaba ilustración y carácter para ejercer el cargo que estaba desempeñando.

Corrales me llamó—risueño y digno—para mostrarme la carta cuya ortografía denunciaba la ignorancia del autor y cuyo lenguaje patentizaba su natural grosero y villano.

Le pregunté, cuando la hube leído, cuál sería su contestación. Entonces se levantó con la carta y un lápiz en la mano; y se dirigió a un estante en que tenía algunas de sus obras más apreciadas. Volvió pocos momentos después y me entregó la carta. Al pie decía: *Quijote, página... línea... edición...*

Corrí a enterarme del pasaje correspondiente. Era éste: *Vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuve...* y lo que sigue, que pudo decir Cervantes y no puedo yo repetir.

De darle contestación a ese señor, me dijo mi amigo, ésa sería; lo habría de remitir a tales líneas del *Quijote*.

En cambio, cuando le hice conocer el primoroso libro de poesías de Francisco A. de Icaza, titulado *Efimeras*, después de leído, me lo devolvió con este juicio:

Bendito sea Dios, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta.

Un jovial amigo nuestro que había servido muchos años en el magisterio, escribió un libro sobre un ramo importante, con el fin de que sirviera como texto en las escuelas oficiales.

La obra era apreciable como recopilación de conocimientos, teorías, prácticas, instrucciones y reglas de autores diversos a quienes aquél había copiado servilmente.

De original no tenía nada, ni el título que el autor había tomado de otra obra sobre la misma materia.

El juicio que Corrales estampó en el ejemplar que llegó a sus manos fué éste: *¡Ah ladrón de Ginesillo!*

Llamábamos Cardenio a un buen amigo que se retiró a San Andrés de Tarrazú para ganarse el pan como maestro. Celebrábamos siempre su llegada y recordábamos con tal ocasión, algún pasaje de a estada de don Quijote en Sierra Morena.

Cardenio, afiliado al partido republicano que era el de oposición, y contrario tenaz del Jefe de Estado de aquel entonces, no pudo abstenerse de manifestar en San Andrés y en pueblos vecinos sus ideas políticas, tan adversas al gobernante, y aun creo que de predicar claramente la revuelta.

No faltó quien pusiera esta hostilidad y designios de alboroto en conocimiento de personas allegadas al Presidente de la República, y como consecuencia, nuestro amigo tuvo que comparecer ante el Comandante de Plaza, fué detenido y padeció unos cuantos días de reclusión forzosa.

Cuando recobró su libertad, fué a vernos y a encargarnos sus padecimientos. ¡Un mártir más de la causa republicana!

Corrales trató de justificar la conducta del gobierno y de hacer comprender a Cardenio la magnitud de sus ofensas contra la autoridad constituida. ¡Aquí fué ello! Cardenio, que aún respiraba por la herida, se exaltó y comenzó a vituperar en términos candentes al gobierno, y tronó contra los malandrines, serviles y paniaguados que pretendían defender las arbitrariedades de aquella administración execrable, vitanda, ahogadora de conciencias y apabulladora de energías patrióticas.

Y como claramente desencadenaba su furor contra Corrales, hubo éste de callar discretamente para no exasperarlo más.

Al cabo se marchó Cardenio, poco menos que bufando de rabia y despecho.

—Yo esperaba, me dijo al salir, que hallaría en D. Buenaventura, palabras de afecto y de aliento para mí y de indignación contra este gobierno.

—*Muchos piensan*—le contesté—*que hay locinos donde no hay estacas.*

—Así es, me respondió, y salió para no volver a nuestra oficina durante largo tiempo.

Meses después, comentando esa larga ausencia, se dolía Corrales del enojo de nuestro amigo, a quien verdaderamente estimaba y quería, y reconoció que había tomado con exceso de calor la defensa del gobernante y de su política.

Entonces le dije: ¿Y para qué tomó Ud. con tanto calor la defensa del gobernante y de su política? ¿*Qué le iba a Vuesa Merced en volver tanto por aquella reina Majimasa, o como se llama?*

—Razón tiene Ud., me contestó, que nuestra política es una verdadera Madasima, por la cual se apasiona uno, y combate, y es capaz de reñir con su mejor amigo, sin que, en resumidas cuentas, valga la pena de salir por la buena fama de dicha señora.

Dos individuos, A. y H., maestros en pueblos cercanos a esta capital y próximos uno a otro, acostumbraban darse bombos mutuos, principalmente cuando llegaba el último día de exámenes, el acto público, como se solía llamar la fiesta final que cerraba el año lectivo en cada escuela. Entonces mis dos hombres hacían derroche de elocuencia: en la escuela de A., pronunciaba H., caliente y sonante apología de su amigo, y vice-versa. Por donde ambos resultaban dos genios pedagógicos, singulares mentores de la juventud que se levantaba llena de promesas para la patria. ¡No podía ser menos!

Eran, en realidad, medianías engreídas, tipos de la semicultura pedagógica; no estudiaban no pro-

gresaban; la misma tarea realizaban cuando los conocí que años antes y años después.

Al finalizar un año, por invitación de los dos maestros, asistió a las escuelas que dirigían, cierto personaje algo cerrado de mollera, de ilustración escasa, pero de gran prestigio político a la sazón.

Después de escuchar a A. en la escuela de H. y a éste en la escuela de aquél, quedó el personaje muy complacido de los dos maestros, y por su influencia se trató de acordarles una mejora en los cargos y en los sueldos.

Cuando tal cosa llegó a nuestro conocimiento exclamamos:

*No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.*

Se presentó una vez—ya de mediado el año escolar, un extranjero, bien trajeado, verboso y charlatan; pintó su situación lamentable, tristísima, por culpa de la fatalidad que lo perseguía.

No sé quien lo recomendó o qué pecho se ablandó al escuchar sus desgracias; es lo cierto que a los pocos días ocupaba una plaza de maestro en una escuela no lejos de esta ciudad. Tocóle ser vir una sección de primer grado, y el hombre no sabía cómo componérselas para enseñar a leer a los chicos con el Silabario costarricense.

Llegados los exámenes estuvo el extranjero afuente y decidor como nunca; pero ni uno de los muchachos sabía leer, ni contar, ni nada de las materias del grado; mas el maestro, fiado en su palabrería, muy orondo y campante, nos preguntó rato después, qué nos había parecido su clase.

—Echo de menos, contestó uno de la comisión examinadora, un poquito, siquiera, de Pedagogía.

—¡Cómo! se apresuró a contestar el maestro. ¡Qué cosas tiene Ud! Me cuesta tanto enseñar a leer a los chicos ¿y quiere Ud. que les enseñe la Pedagogía?

—*¡Hablara yo para mañana!* repliqué yo. Y quedó siempre el extranjero muy fresco y satisfecho.

Tan satisfecho y fresco, que solicitó días después un puesto mejor en la enseñanza. Con este motivo pidió Corrales informe acerca del novel pedagogo.

Le pinté entonces el cuadro de desorden de aquella clase: los niños hablaban en voz alta y aun a gritos, cuanto querían, reñían y se tiraban de los pelos dentro del aula, se arrojaban los ajados, rotos y sucios silabarios a lá cabeza, se levantaban y salían sin solicitar permiso... ¡el campo de Agramante!

—Por todo lo cual— terminé yo— puede Vuesa Merced concederle la plaza que solicita y darle además *trescientos o seiscientos ducados para ayudar a la dote de su hijo, el bachiller.*

La contestación no se hizo esperar:

—*Pintor del mismo demonio, ¿y a estas horas te vienes a pedirme seiscientos ducados? ¿Y qué me da a mí de Miguel Turra, ni de todo el linaje de los Perlerines?*

Se levantó una información para esclarecer ciertos hechos inmorales, imputados a un maestro inteligente, muy discreto, que fué muy hábil en su defensa; pero por desgracia, de conducta nada edificante y de conciencia poco escrupulosa.

De la información resultaba, no sólo la prueba

de los hechos denunciados, sino también la evidencia de otros igualmente vituperables que no habían sido acusados.

Pregunté a mi amigo—que había leído con mucha atención el expediente—qué opinión tenía acerca de aquel grave y delicado caso.

He aquí su respuesta: *¡Ah señor, y cómo hay más mal en el aldehuela que se suena!*

Muchísimas otras expresiones del *Quijote* podría citar, acomodadas por mi inolvidable amigo, a los detalles y circunstancias de nuestra vida de trabajo. Beneficiábamos con amor y regocijo aquella mina inagotable de pensamientos, de rasgos llenos de ingenio; aquel arsenal de observaciones felices, de respuestas altivas y rotundas o corteses y generosas; aquel venero de riqueza del corazón y del entendimiento; aquel inexhausto raudal de gracia, de imágenes, de poesía, de sátira risueña y bondadosa.

¡Qué de veces vino a nuestros labios: *¡No le mana, canalla;* o *Ni aun fuera bien que lo entendiérades vos*. Cuántas: *¿Leoncitos a mí?* *¿A mí leoncitos?* Qué a menudo: *Dichosa edad y siglos dichosos*, expresión repetida melancólicamente por Alarcón: «*Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que había moros y cristianos*». En cuantas ocasiones hubimos de emplear el admirable consejo de maese Pedro:

—*No te encumbres, muchacho, que toda afectación es mala.*

III

Ha poco, en tristes horas de luto, inundada el alma de recuerdos sombríos, y estrujado el corazón por inmensa desventura, vino a mi mente la conmo-

vedora frase de D. Quijote en su lecho de muerte: *Ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.*

No era esta la primera vez que acudía a mi memoria la dolorida expresión del hidalgo sublime, pues ella se grabó en mi pensamiento desde que pude comprender toda su grandeza, su infinita amargura, en los momentos en que aquel modelo de voluntades y de energías, dejaba de ser don Quijote para volver a ser Alonso Quijano el Bueno.

¡No hay pájaros hogaño en los nidos de antaño!... Siempre me ha parecido más triste y angustiada escuchar esta melancólica frase de los labios de D. Quijote, que verlo tendido en el suelo, derribado y acorneado por los toros o pisoteado por los cerdos.

Verdad es que cuando los inmundos animales huellan a nuestro caballero, prenden en nosotros la ira y la indignación y hasta quisiéramos reprochar a Cervantes este extremo de humillación y desgracia en que hace caer al héroe; pero el héroe subsiste; puede levantarse de su miseria; podemos esperar que de nuevo surja osado y altivo, que acometa nuevas empresas y se conserve firme en sus ideales altísimos y en sus propósitos magnánimos.

Mas ya pronunciadas aquellas palabras, vemos anonadado al héroe, al soñador, al paladín de todas las causas nobles y amables, al esforzado campeón de cien batallas, grandiosas en su mente, y de finalidad siempre generosa. Vuelto a la realidad prosaica, se borra su destino luminoso, se acaba para siempre su ejercicio superhumano.

He visto en esa frase de cordura, todo el desen

canto de que es capaz el alma humana; al extinguirse con ella D. Quijote y reaparecer Alonso Quijano el Bueno, irremediamente se siente angustiado el corazón y se humedecen los ojos. Desde ella asistimos al entierro del luchador, del lidiador admirable, que jamás sintió ni el miedo ni el desfallecimiento, cuyas desventuras han pesado sobre nuestras almas y cuyos propósitos hemos aplaudido y santificado. Alonso Quijano, que vive unos momentos más, y aun pudo vivir años más, es un mortal cualquiera; es, con toda su bondad, uno de tantos de la grey humana, simple unidad de la gran masa común.

Enterramos desde entonces al que fué norma y dechado, tipo perfecto del caballero, como hermosamente lo hace resplandecer Turgueneff en su bellissimo estudio: *Hamlet y Don Quijote*.

Y al enterrarlo, lo lloramos como uno de los nuestros, de los que nos han enseñado a sentir, de los que han traído una vibración nueva y delicada a nuestras almas.

Al recordar tal frase: *No hay pájaros hogaño en los nidos de antaño*, viene a mi pensamiento, por inevitable asociación, una de las poesías que más me han conmovido, que leí y traduje ha mucho tiempo: *El canto de la cigarra, últimos versos de un filósofo*, de Guyau:

«Cuando tu acento vibrador levantas,
Del alma en primavera imagen eres.
Cigarra, en todo corazón tú cantas,
Y en todo corazón, cigarra, mueres.»

Y dirijo el mismo apóstrofe a Don Quijote:

Hidalgo, en todo corazón tú alientas,
Y en todo corazón, hidalgo, mueres.

Y pienso: desdichados los que no han sentido a Don Quijote alentar en su corazón, y mover su ánimo... y aun su brazo.

En mi desventura recordé también la delicada composición de Longfellow, *No siempre es mayo*, en que el poeta escribe como lema: *No hay pájaros en los nidos de antaño*, y me propuse traducirla; y en este trabajo encontré algún lenitivo a mi pesar, algún olvido de mi pena; algo se amortiguó el dolor del reciente golpe; se disiparon un tanto mis sombras de tristeza.

N. QUESADA

Los dos manchegos

*Y van los dos manchegos... La brisa mañanera
los vió pasar al ritmo del trotinar cansino,
dejando la angustiada tristeza de una ojera
tendida sobre el vago cansancio del camino.*

*Y van los dos manchegos... El bravo Caballero
desriza los ensueños de su alma visionaria,
al lado del intonso desdén del Escudero
que va tras las promesas de la Isla Barataria.*

*Extraña es esa alianza. Ni el yelmo del Mambrino
del noble don Quijote, ni la invencible lanza
que dió contra las aspas tremantes del molino,
concuerdan con la risa vulgar de Sancho Panza.*

*Y sin embargo, siglos, ahogad en vuestros cuellos
las burlas que os provoquen tan singular consorcio,
que a medias soñadora, la Humanidad va en ellos,
y don Quijote muere si pide su divorcio!*

Asdrúbal VILLALOBOS

LA BIBLIOTECA DE DON QUIJOTE

La biblioteca del viejo héroe manchego está formada con amor y con sacrificio. Vendió, dice su Biblia, «muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros.»

Es decir, puso su patrimonio al servicio de su exigente espíritu, y luego leyó sus libros con tanta afición y gusto que por ello olvidó los demás oficios de su vida y de su rango.

Fué, leyéndolos, con su devoción, como le vino el gran deseo, como si le hubiese nacido dentro de su alma una noble claridad, de curarle sus males al mundo; de salir, digamos, por la amplia tierra llevando en la punta de su lanza a modo de una estrella, la luz redentora que se había revelado en su alma.

Su refugio en las horas crueles de su vivir y de su pensar, fué sin duda la capilla luminosa y callada de su biblioteca, y fué hacia ella a donde se sintió atraído acaso siempre en su divino vagar, cuando su padre ponía en sus labios el cáliz de la amargura. Es probable que para fortalecerse el alma, tan grato habría sido para su ánimo viril entrar en el corazón de la montaña como en el religioso silencio del aposento de los libros. Porque hay una cierta divina y magnífica relación entre

el alma del monte, bella, fuerte y fecunda alma, y el alma del libro, el alma delicada y espléndida del libro: la Iliada es como el Olimpo, el Evangelio es tan pintoresco como el paisaje de Galilea y la Comedia es como un sagrado monte italiano.

Don Quijote fué siempre fiel al culto de su libro. Después de sus primeras desventuras, curado ya de ellas, su más íntima preocupación no fué por cierto la de dedicarle un pensamiento gentil a su luminosa señora, sino la de ver sus libros. Vive su glorioso ánimo de la sustancia de ellos, en la confianza que da el sentirse amparado por el escudo de un héroe antiguo. Vive de su memoria, y cuando quiere decir una palabra inmortal los invoca con un alto y vehemente fervor.

Alguna vez hace de ellos un recuerdo que es hermoso y elocuente en sus labios y es digno del objeto hacia donde va dirigido. Tanto más sugestivo es ese recuerdo, cuanto que le viene en un instante en que todas las divinidades del monte le tienen bajo su protección y en que le están formando el genio.

Regalos de su alma y entretenimientos de su vida, así los llamó él, pensando con santidad en ellos y con una clara y honrada gratitud. Y es esta memoria la que al través de su evangelizadora faena, es esta gratitud al libro de donde le nació su heroica devoción, las que le mantienen en su trabajo, cada vez más grande en su anhelo, hasta cuando la muerte, orgullosa de tan ilustre existencia, le recibió la lanza de su desfallecido brazo.

Gratitud honda del superior hombre, en quien, por virtud del libro, los cielos le dieron a la tierra

la voluntad batalladora, la espléndida lanza que completa el precio y la eficacia de la parábola elocuente y serena.

Así fué como el Verbo, creador del maestro risueño y del batallador épico, ganó también de ellas, en grandiosidad y en soberanía y en bondadosa fortaleza.

RÓMULO TOVAR

Segundo Coloquio

que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección en Valladolid.

CIPION

Berganza amigo, dejemos esta noche el Hospital en guarda de la confianza y retirémosnos, como hace muchos años, a esta soledad y entre estas esteras endonde podremos reirnos, sin que nadie lo sepa, de la vida que tanto interesa a los canes que, disfrazados de hombres, vagan por el mundo.

BERGANZA

Cipión hermano, empiezas de nuevo a murmurar? Recuerda que el hombre, este ser de quien quieres reir ahora, nos reconoce como símbolo de la amistad, del agradecimiento y de la fidelidad.

CIPION

Prueba es de las más palpables de lo que antes te decía: el hombre vale menos, mucho menos que el más sarnoso de los canes. No logra encontrar entre sus semejantes uno que simbolice el sentimiento más noble; necesita recurrir a los animales, a nosotros a quienes despectivamente llama animales, para hacernos norma de una concepción bella: la

amistad y la fidelidad las simbolizamos los perros, el amor al estudio lo personifican en el buho, la inteligencia en el mono, la astucia en la zorra, la nobleza en el caballo, en la ardilla la actividad y en el cerdo el materialismo cuando no llevan la sutileza de sus investigaciones hasta simbolizar el espiritualismo con una mariposa que va de flor en flor, de materia en materia, recogiendo materiales para sostener su vida material.

BERGANZA

Me sorprende, Cipión, todo lo que has aprendido durante los años que has pasado fuera del Hospital en donde los vivos ayudan a la muerte a llevar a cabo su misión sin dolores y sin tristezas, lentamente, muy lentamente.

CIPION

Aprendiste ya de mi fabla antigua; has logrado, Berganza mío, llegar a murmurar como lo hacía yo, con ironía, sin herir y si hieres lo efectúas sin dolores y sin tristezas, lentamente, muy lentamente. Y no me maravillo, Berganza hermano, que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle. Repito hoy lo que ayer, en ocasión más propicia dije, y que una pluma célebre entre las célebres recogió en un libro inmortal.

BERGANZA

Te refieres a Cervantes? Hablas del *Quijote*?

CIPION

También tú estas muy atrasado en cuestiones li-

terarias. Basta que se hable de libro inmortal y de Cervantes para que, como los hombres incultos, no pienses sino en el *Quijote*. Parece, a lo que veo, que crees que Cervantes no tiene más libro inmortal que aquel en que relata las desventuradas aventuras del más aventurado caballero andante que ha recorrido las rutas polyorientas del mundo y las del ideal que es otro mundo.

BERGANZA

Filósofo has vuelto y Quijote al mismo tiempo, Cipión bien amado.

CIPION

Quijote sí; filósofo no, aun cuando algunos jiferos, de esos que, al mismo tiempo, asesinan una reputación y roban un hermoso concepto, se atreven a hacer una igualdad entre ambos vocablos. Ya lo sabes; Quijote sí, filósofo no; mejor dicho: Quijote y Sancho siempre, Bachiller Carrasco nunca.

BERGANZA

Odias al Bachiller? No recuerdas que él fué quien...

CIPION

A bachilleres, curas, duques y barberos debe mucho la humanidad; ellos han movido la lengua en la que consisten los mayores daños de la vida. Dije la humanidad y debes comprender la humanidad de los hombres puesto que nuestra mísera humanidad humilde de canes callejeros no les debe nada, absolutamente nada.

BERGANZA

Por lo menos, las piltrafas con que te has hartado siempre, ponlas al activo de esos señores a quienes acabas de nombrar.

CIPION

Tienes razón, perdóname. No recordaba que estaba charlando con un can modernista. Tienes razón. El hambre es una hermosura y prerrogativa de la hermosura es que se la tenga respeto. Con mayor razón debemos lamer las manos y los pies, si necesario es, de quienes, hartos de carne, nos tiran debajo de la mesa lo que, bien a pesar suyo, no pueden comerse.

BERGANZA

Quieres disculparte y...

CIPION

No, hermano Berganza, no trato de disculparme. Muy por el contrario, aprendí del maestro de los maestros, del insigne autor del *Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza*, a decir lo que quería simulando decir lo contrario. Los demás creen que afirmo una cosa aun cuando la forma en que la presento me permita decir todo lo que deseo. No doy disculpas, Cipión, porque quien discreto es o lo quiere ser, nunca ha de decir cosa de que deba dar disculpa.

BERGANZA

Mírate a los pies y recordarás que perros somos

y que como perros debemos discurrir, hablar, vivir, en una palabra.

CIPION

Tú lo que quieres no es que discurra, que hable, que viva a la manera perruna. Lo que pretendes es que siga la senda por donde han ido los que en el mundo hombres han sido. Verdad? Pésimamente has seleccionado entre los malos modelos que en la vida se nos presentan a cada instante.

BERGANZA

La humildad, Cipión mío, es la base y fundamento de todas las virtudes; sin ella no hay ninguna que lo sea...

CIPION

Mentira!

BERGANZA

No me interrumpas.

CIPION

Continúe el orador. Hasta eso aprendiste a hacer en tus relaciones con los hombres, llegaste a imitar al más estúpido o al más malo de entre ellos: al orador. Estúpido si habla con el corazón en la mano, si es sincero; malo si trata de engañar a quienes se sienten seducidos por la magia de sus frases bien redondeadas.

BERGANZA

Trabajo me ha costado conservar el hilo de mi

discurso. Escúchalo hasta el final y luego replicarás. La virtud, te dije hace siglos y te repito hoy, allana inconvenientes, vence dificultades, es un medio que siempre a gloriosos fines nos conduce; de los enemigos hace amigos, temple la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios: es madre de la modestia y hermana de la templanza; en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados.

CIPION

Has vivido bastantes años, siglos bastantes, entre hombres y entre mujeres y no has comprendido aún cuánto te equivocabas cuando en la vieja ciudad vallisoletana, me dijiste, esas mismas frases, con el mismo acento de suficiencia con que las pronuncias hoy. Viviste siempre entre hombres y mujeres y no llegaste a ver que te rodeaban rufianes, gitanas, jiferos, pícaros, Monipodios y Colindres, para usar dos palabras que a tus oídos y a los míos lo dicen todo.

BERGANZA

No comprendo...

CIPION

Dices que la virtud allana inconvenientes. Repíteselo a la pobre mujer que llega al despacho de un jefe de cualquier cosa, en busca de trabajo para ella o para alguno de su familia. Mientras su virtud no flaquee en beneficio de aquel jefe y de otros subjeses no consigue lo que desea. El vicio, mejor dicho, la no-virtud—que es algo diverso del vicio

—es quien allana los inconvenientes. Agregas que la virtud vence dificultades y es cierto: el hombre honrado es aquel que en su vida perra—permíteme la blasfemia—encuentra más dificultades insuperables que se deshacen como por encanto en el mismo instante en que se convierte en un pícaro. En tu afán de ensartar vanas palabras dices que la virtud es un medio que siempre a gloriosos fines nos conduce: aquí nos tienes a ambos: no me negarás que somos dos perros virtuosos de verdad y sin embargo nadie nos ha visto aún ir de la mano de nuestra virtud por el sendero que conduce a gloriosos fines. No, Berganza ingenuo, no es cierto nada de eso: solamente la cólera nuestra templó la cólera de los airados, nunca la mansedumbre; solamente nuestra soberbia menoscabó la arrogancia de los soberbios, nunca la humildad. En nuestra virtud, amigo estimado, encuentran las flechas de los pecados ajenos el esmeril en donde pueden aguzarse y en donde pueden afilarse; nunca se embotan y se despuntan en ella sino en nuestra no-virtud que, como ya te dije, es algo diverso de lo que comunmente se llama el vicio.

BERGANZA

Larga ha sido la réplica.

CIPION

Y aún falta. Por virtuoso te daban las sobras de la cocina en la casa del mercader; por no virtuoso, cuando callabas en los momentos en que, en la misma vivienda, la negra camarera bajaba a refocilarse con el negro esclavo, te hartabas con pedazos de

carne y de queso que nunca habrías probado si te hubieses dedicado a ladrar, no a la luna, sino a aquellos negros refocilamientos. En cuanto volviste a ser virtuoso, cuando impediste aquel amor nocturno entre nocturnos, padeciste hambre, se alzó, como tú lo dijiste muy bien en otra oportunidad, la negra con la ración y con los huesos y te quiso hinchar el estómago obligándote a tragar una esponja frita con manteca.

BERGANZA

No lo niego. Razón tienes y en demasía. Sin embargo esperaba y espero aun hoy que se veán recompensadas mis virtuosas intenciones y mis no menos virtuosas acciones.

CIPION

Y en vano esperarás. Te pasará a tí lo que a nuestro hermano el buen Sancho le acaeció. Toda la vida padeció esperando llegar a ser gobernador de una ínsula. Tanto lo ansió y tanto lo repitió a nuestro hermano don Quijote de la Mancha que logró serlo. Para qué? Para convencerse de que él no había nacido para aquello, para afirmar, con mucha razón, que él más se entendía en podar, cavar y ensarmentar que en gobernar ínsulas y estados y defenderlas de enemigos internos y externos que quisiesen atacarlos. Su eterna ilusión fué una eterna desilusión. Así te pasará, amado Berganza.

BERGANZA

Ahora comprendo por qué al griego Ulises le dieron el renombre de prudente por solo haber an-

dado muchas tierras y comunicado con diversas gentes y varias naciones. Tus viajes continuos te han hecho de verdad prudente. Y esa es una virtud, amigo Cipión.

CIPIÓN

Virtud no es, querido Berganza. Desconfiar de todo y de todos, medirse en absoluto, eso no es virtud.

BERGANZA

Vicio será, entonces.

CIPIÓN

Es no-virtud.

BERGANZA

Eres en verdad un perro sabio, Cipión mío.

CIPIÓN

Perro sabio llaman los hombres al que logra bailar al son del atambor, al que puede saltar por el rey de Francia y no saltar por la mala taberna, al que hace corvetas como caballo napolitano, al que sabe andar a la redonda como mula de tahona. Esas son las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio. Esas son también las maravillosas gracias y habilidades de aquellos hombres que pasan por sabios porque saben hacer lo que los demás quieren que hagan, porque saben bailar al son del atambor que entre ellos se llama fama, se llama gloria, se llama apoteosis; porque pueden saltar por el rey de Francia o no saltar por la ma-

la tabernera como quien dice no estar de acuerdo con una teoría porque es sustentada por Fulano, otro sabio por el cual no sienten simpatías aun cuando la concepción científica suya sea de las más acertadas; porque saben hacer corvetas como caballo napolitano al escuchar la trompeta de la fama eternizando otros nombres que no son los suyos; porque andan a la redonda como mula de tahona, mejor dicho, como caballo de circo ecuestre para que los vea la galería y los aplauda y los consagre como animales sabios. De esos no soy yo, ni creo que lo seas tú, fraternal Berganza.

BERGANZA

Glosando una frase mía que pronuncié en nuestro primer coloquio, te diré que sabiduría fingida, como la de esos perros sabios de quienes me acabas de hablar, no hace daño a ningún tercero, sino al que la usa.

CIPION

Cuando no levanta cátedra y se convierte en conductor de inteligencias incultas. Acuérdate bien de lo que dije en otra ocasión y que muy fielmente recogió el Manco Cervantes: para saber callar en romance y hablar en latín, discreción es menester, hermano Berganza. Los charlatanes convertidos, por obra del Espíritu Santo, en maestros y en profesores no saben callar en romance, no saben hablar en latín; su sabiduría fingida hace daño a terceros: ellos porque su enemigo, el verdadero sabio, se quiebre uno, son capaces de quebrarse los dos ojos.

BERGANZA

Me recuerdan esos perros sabios a aquella bruja, la Cañizares que creía que yo fuese el hijo de su amiga la Montuela transformado en animal por obra de las malas artes de la Camacha. Entienden y hablan tanto de Dios y obran tanto del diablo, pecan de malicia no excusándose con ignorancia que sería su mejor excusa.

CIPION

Pecado es ese de vanidad y de hipocresía, pecado doble que muy pronto puede tener su penitencia, doble también.

BERGANZA

Crees que serán castigados?

CIPION

Cuando vieren con presta diligencia
derribar los soberbios levantados
y alzar a los humildes abatidos
con poderosa mano para hacello

como dijo la Camacha en el tiempo de su muerte.

BERGANZA

Y eso será pronto?

CIPION

Qué ingenuo pareces, fraternal Berganza! Se dijera que naciste ayer y que no sabes tomar las palabras en un sentido que he oído llamar alegórico el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena

sino otra cosa que aunque diferente, le haga semejanza.

BERGANZA

Acuérdome ahora de los cuatro tipos que ocupaban las cuatro camas que estaban al lado de esta enfermería cuando tuvo lugar nuestro primero e inolvidable coloquio. Eran como bien puedes recordar, un alquimista, un poeta, un matemático y uno de esos que llaman arbitristas. Recuerdo que, cuando los oí una siesta de las del verano aquel estando cerradas las ventanas y yo cogiendo el aire debajo de la cama de uno de ellos, no pude menos que quedarme admirado de haberles oído y de ver que la mayor parte de los de semejantes humores venían a morir en los hospitales.

CIPION

Y cuáles querías entonces que fueran a pasar las horas tristes de una enfermedad solitaria en las salas del hospital? Querías que fuesen los de malos humores, los de espíritu malo? No, Berganza mío, esos han dado de tal manera su alma al diablo que tienen en su casa todas las comodidades, sirvientes y enfermeros que obedecen sus órdenes más descabelladas, médicos que satisfacen sus caprichos más tontos y enfermedades suaves, de esas que no hacen sufrir pues hasta las peores enfermedades les tienen miedo; esos, hermano mío, no vienen al hospital que queda reservado a los de los buenos humores, a los de espíritu bueno como el alquimista, el matemático, el poeta y el arbitrista que recordabas hace un instante.

BERGANZA

A ellos y a sus compañeros desgraciados de entonces, de hoy y de siempre yo les daría un consejo, un único, sabio consejo.

CIPION

Calla, ingenuo can. Nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido ni el pobre humilde perro ha de tener presunción de aconsejar a los hombres, por muy desgraciados y por muy tontos que parezcan, pues éstos piensan que lo saben todo, absolutamente todo. La sabiduría perruna, como la del pobre está asombrada pues la necesidad y la miseria son sombras y nubes que la oscurecen y que la hacen merecedora de menosprecio por parte de quienes se vanaglorian de poseerlo todo, hasta la misma sabiduría.

BERGANZA

Por eso aquella perrilla de faldas me ladró con escándalo cuando dignamente y sin hacer caso de su fanfarronada pasé a su vera. Mordióme una perra sin que yo me dignase deshacerla de un colazo. Acostumbrada a vivir acurrucada en los brazos indolentes de su señora, aquella mísera perrilla de faldas, cobarde y de poco ánimo, se sintió fuerte ante mí y contra mí, un perrazo de mi fuerza y de mi bravura. Me ofendió vilmente aun cuando valía más que ella. Por qué? Porque se creía favorecida con la protección de aquella mujer vagabunda y necia?

CIPION

No, Berganza mío, no; ella no tuvo la culpa, así como no la tienen esos hombrecillos que a la sombra de sus amos se atreven a ser insolentes. Quien tuvo la culpa en aquella ocasión fuiste tú que permitiste que se burlase de tí un alma vil pudiendo muy bien castigar de una manera ejemplar su osadía. Ella se acogió a la protección inútil de una hembra también inútil si no es para aquello que viste hacer a la negra del mercader; también tú te acogiste a esa misma sombra por miedo, únicamente por miedo. Le sirvió de excusa a tu cobardía la presencia de un ser a quien no debías tener miedo de ninguna manera. La virtud y el buen entendimiento siempre es una y siempre es uno, desnudo o vestido, solo o acompañado, no ha menester apoyo ni necesita amparos. No tiene miedo, ni se echa atrás nunca ni siquiera cuando vé al contrario protegido por la más valiosa de las protecciones. Recuerda a nuestro señor don Quijote: reconociendo que sus enemigos tenían la eficaz protección de los gigantes más desalmados, nunca su alma de caballero andante se sintió apocada, nunca dejó de presentar batalla, a nadie, absolutamente a nadie. Fué él un verdadero grande hombre: ni las grandes dichas lo ensoberbecieron, ni las grandes adversidades lo desanimaron nunca. Y esas son las características que encontrarás siempre en los hombres que valen; los otros, los vulgares, los abundantes, se acogen a la sombra del que domina, sea quien sea; su mente parece un alfil de ajedrez que no sigue sino el camino que le indica

la mano directora, son hojas secas que, hasta la más débil de las brisas, conduce de aquí para allá, de idea en idea, de tendencia en tendencia, arrodillados siempre, pidiendo siempre misericordia y cada día más miserables y por lo tanto llenos, cada vez más, de envidia y de crueldad.

BERGANZA

No escuchas, Cipion? Avanzan los hijos que el genio del Manco Cervantes produjo.

CIPION

Ya escucho en tus frases el ritmo sagrado que anuncia la marcha triunfal. Se acerca el sagrado cortejo, su sola presencia despierta las rimas dormidas, su paso ritmado satura las almas de santo entusiasmo, de sana alegría.

BERGANZA

Delante vienen Florisa, Galatea y la Pastora en íntimo coloquio con Marcela, la varonil hembra, con Dulcinea y con Sanchica Panza. Discurren de amor que fué su eterno tormento; solamente Sanchica sonríe: ella no conoce las tristezas que viven a la sombra del amor.

CIPION

Luego viene Preciosa, rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas. Es la imagen sagrada de nuestra sagrada Patria. Y Rinconete y Cortadillo, los dos más aventajados discípulos de nuestro nunca bien elogiado Monipodio.

BERGANZA

E Isabel, la española inglesa, con quién viene?

CIPION

No la conoces? Es Leonora, la del Celoso Extremeño, la mujer que encerrada bajo siete llaves y vigilada día y noche logró engañar a su marido con aquel arrogante mozo que ves llegar allá, cerca del Ilustre Licenciado Vidriera quien viene conversando de su cuerpo quebradizo que no lo es tanto como la honestidad de las más honestas mujeres.

BERGANZA

Me escondo, Cipión amado, vienen allá la Camacha y la Montiela en amable conversación con la ilustre Fregona, Constancica, aquella a cuyo lado la célebre Marinilla, la de la venta de Tejada es asco en su comparación.

CIPION

No temas. Ni la Camacha ni la Montiela te podrán reconocer. Además no dejarán su lugar en el cortejo por venir de nuevo a untarte el cuerpo para ver si vuelves a ser hombre. En vez de mirar a esas brujas contempla aquellas dos doncellas: Teodosia y Leocadia las dos andaluzas que vienen riéndose de aquel que las acompaña que no es otro sino el Curioso Impertinente.

BERGANZA

La bolonesa Cornelia de Bentivoglio cuenta sus

cuitas a la famosa infanta Micomicona y a la encantadora morisca, la dulce Zoraida.

CIPION

Y atrás, rodeados por todos aquellos valientes hombres que supieron defender y atacar fortalezas, patrullas y mujeres, vienen los dos grandes héroes, nuestros hermanos en Cervantes: Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza. Ambos van contentos, comentando los comentarios que, acerca de sus aventuras, ruedan por el mundo, riéndose de aquellos que los contraponen el uno al otro, diciendo que el primero es el idealista y el segundo el materialista, burlándose de la supina ignorancia de aquellos comentadores que no supieron nunca, ni han sabido, que ambos son uno, uno mismo, que Sancho es don Quijote y que don Quijote es Sancho; que no son dos aspectos de las aspiraciones humanas, sino el mismo cerebro razonando acerca de las cosas tales como se presentan, al entendimiento y al corazón. Y ellos ríen y se burlan y siguen su camino pensando que es más sencillo desfacer entuertos, salvar doncellas y vencer gigantes descomunales que convencer a quienes aun no han podido comprender las verdaderas personalidades del atrevido caballero andante y de su no menos atrevido escudero.

BERGANZA

Faltamos nosotros dos en el cortejo sagrado. Quieres que cerremos la procesión moviendo nuestras cabezas a compás como mueven los monacillos los incensarios?

CIPION

Los últimos serán los primeros, amigo Berganza, vamos.

Y los dos perros se agregaron a la sagrada procesión que sigue su marcha lenta y triunfal por doquier.

JOSÉ-FABIO GARNIER

San José, Marzo. 1916.

Don Quijote

Para "Ariel"

No conozco, no creo que existan personajes literarios de tan amplio relieve humano como el Hidalgo de la Mancha y su Escudero. Los otros,—Segismundo o Hamlet, Fausto o Alcestes—expresan estados de ánimo o de pensamiento excepcionales; encarnan una pasión, una idea, una fatalidad; simbolizan una actitud, un anhelo, un dolor del hombre. Don Quijote y Sancho son los dos tipos universales y eternos que discurren por el mundo; mejor aún, las dos fracciones de nuestra alma, siempre en desacuerdo acerca de los propósitos de la vida; preponderante en algunos la que nos impulsa a consagrarnos al servicio de un ideal o un sentimiento, dominadora en otros la de los vulgares apetitos; presentes invariablemente ambas en nosotros todos, porque no hay en verdad seres tan sublimes que no se hayan puesto alguna vez a horcajadas sobre el rucio de Sancho, ni entes tan menguados que no hayan jamás sentido un noble impulso de honor o sacrificio.

El libro de Cervantes tiene sin duda alguna, como obra literaria, méritos singulares que por sí

solos bastarían para darle situación excelsa dentro de las letras españolas. La sublime realidad humana de sus protagonistas, lo consagran como una de las obras definitivas del genio de los hombres.

ERNESTO MARTIN

Paris, febrero 1916.

DON QUIJOTE EN LA ESCUELA

El 23 de abril de 1616 murió en la Villa y Corte de Madrid el Ingenioso Hidalgo (como le llamó uno de sus biógrafos más ilustres) Miguel de Cervantes Saavedra. Hállase, pues, en los umbrales del tiempo, como quien dice, el tercer Centenario de ese sucedido, tan natural, tan simple, tan baladí en la esfera de la condicionalidad humana; tan singular, tan señalado, tan histórico en las regiones del pensamiento.

A iniciativa de la madre España, que en ningún caso puede sentirse tan orgullosa de su cuasi divina maternidad como cuando hace memoria de que ha producido a un Cervantes, todos los países de habla española se preparan para conmemorar el próximo centenario por manera digna del autor «en cuyos dominios (parodiemos a Carlos) no se pone el sol» de la gloria.

De la literatura a que en el largo trascurso de cuatro siglos ha dado lugar el libro máestro de Cervantes puede decirse sin exageración que es inmensa: el más consagrado y minucioso de los cervantistas fracasaría probablemente en el empeño de leer todo lo que sobre el *Quijote* se ha escrito, simplemente por inopia de tiempo para llevar a cabo obra tan extraordinaria y paciente.

Esta dificultad se intensifica ahora, de golpe, con motivo del próximo centenario, que, como si fuese un fuerte excitante intelectual, ha despertado en los que escriben el ansia de enzarzarse en nuevas disquisiciones cervantinas, y esto hace que el mundo de las letras se vea hoy iluminado por un sinnúmero de obras en que, como planetas más o menos distantes, se refleja la pura claridad de *Don Quijote*, centro inmortal y poderoso de este sistema planetario.

Admiraremos, por consiguiente, en las obras de la vasta floración cervantesca matices nuevos del alma vidente y, a la vez, soñadora, que encendía el cerebro de Cervantes, interpretaciones inopinadas del sentido esotérico que en la famosa novela parecen tener en ocasiones los lances en que se ven envueltos don Quijote y Sancho.

Pero como seguir por esos rumbos a los nuevos exégetas no les será dado sino a unos pocos afortunados mortales, a los demás, es decir, a los que no nos hallamos en ese número reducido, nos toca admirar el *Quijote* en la sublime simplicidad con que a los ojos vulgares se muestra, seguros de que, aun contemplado sin intenciones zahoríes, siempre encontraremos en él regocijos para nuestra malicia y enseñanzas para nuestra conducta.

Todavía suele hablarse de *Don Quijote* como de obra que debe ser llevada al colegio para hacer que los jóvenes vean en ella el patrón literario a que deben ceñirse. Menos malo si con tal fin sólo se tratara de buscar en el *Quijote* los procedimientos que pueden constituir el arte de novelar, ya que, con todo y los defectillos de que sin duda adolece,

sería torpe negar que, aun hoy, esa obra es una novela bien trabajada; pero no es ciertamente ese aspecto el que, por lo regular, se les hace observar y admirar a los jóvenes: es el que mira al lenguaje y estilo que en ella se usan.

Nada más absurdo, sin embargo, que proponer a los colegiales el estilo del *Quijote* como modelo para ser imitado; sin duda alguna, el estilo del *Quijote* tiene bellezas que difunden en nuestra mente emociones de profundo deleite estético; sin duda alguna, en ese libro se encierran con abundancia que toca en derroche los elementos artísticos más hermosos con que, si a tanto alcanza el que lo intenta, puede cualquier quisque agenciarse una manera de escribir que le resulte propia o personal; pero si imitar es siempre una torpeza, el querer imitar el estilo de Cervantes es intento que raya en locura, y, a mayor abundamiento, en locura ridícula.

Hay en esa propensión lastimosa mucho del prurito cuasi infantil que ponen los gramáticos por encerrar el idioma en una como muralla de China, para impedir de ese modo que se contamine de palabras y locuciones exóticas, lo que, según ellos proclaman, constituye la inmarcesible pureza de los idiomas, como si un organismo que vive pudiera sustraerse a la ley fatal de la evolución y como si esta evolución no estuviese en gran parte determinada por las influencias ineludibles del medio. El propio *Quijote* está moteado de italianismos que en él hubieron de deslizarse a Cervantes sin que de ello el genial escritor acaso se diese cuenta y sin que tampoco se preocupase, a buen seguro, gran cosa de sustraerse a la influencia italiana, si

la sentía. Caso particular: ¡sólo las mediocridades, si a ello se ponen, aciertan a preservar la lengua en que escriben de las influencias ambientes! Esto no importa decir (no le tomen por ahí los díscolos e implacables puristas), que seamos *genios* los que escribimos sencillamente a la diabla.

Pero si toca en punto de insensatez recomendar el *Quijote* como modelo de estilo que debe imitarse, salta desde luego a la vista de todos que esa obra singular ofrece motivos de otro orden para ser leída y estudiada en colegios y aun en escuelas. Prescindiendo de los simbolismos trascendentales que en ella se encarnan y que vienen a ser las manifestaciones más típicas del genio sin igual que alentaba en el célebre manco, hay en esa novela sublime un aspecto (entre otros muchos, naturalmente) que nos seduce y cautiva con hermosos y elevados caracteres de orden moral: es aquel en que don Quijote se destaca como tipo de caballero.

Nadie ignora que el sentido de la palabra *caballero* ha evolucionado hasta llegar a perder casi su prestigio ennoblecedor. En una novela de Palacio Valdés (*Tristán o El pesimismo*) se pone de bulto el concepto degenerado en que hoy suele tomarse aquella hermosa palabra: discurrían dos señoras de copete sobre los desaguisados de todo género por que se distinguía cierto elegante, y, después de recorrer la larga nomenclatura de sus marrullerías, de sus vicios y de sus malas acciones, «Sí», dijo una de ellas, «Fulano será todo lo que tú quieras; pero, eso sí, es un perfecto caballero». Para esta dama de la *high life* el ser caballero a carta cabal consistía en vestir con elegancia y tener buenos

modales, aunque, por lo demás, ese tal fuese un tuno.

Don Quijote,—he aquí en todo rigor el tipo del caballero sin tacha—.Turgueneff, el gran escritor ruso, lo considera y ensalza como el primero, desde ese punto de vista. «Un lord inglés», dice, «declara a Don Quijote el modelo de un acabado *gentleman*.» En inglés el vocablo caballero no ha sufrido la depresiva evolución que en el castellano descubre una rigurosa semántica. Sí, en el bello, en el sublime, en el humano loco de Miguel de Cervantes Saavedra convergen, encarnan y actúan todas esas cualidades humildes cuyo ejercicio realza y ennoblece la vida. El hombre verdaderamente honrado será aquel que reproduzca en sí el tipo ideal de don Quijote.

Llevemos, pues, a la escuela la historia singular de Alonso el Bueno; hagamos que el niño se acerque a él, que lo comprenda, que lo ame, que lo admire, y ya veremos que este trabajo de simpatía calurosa no será en manera alguna inútil, porque en el Quijote que cada uno de nosotros lleva por dentro vibrarán las emulaciones caballerescas prontas a romper en actos de rectitud, de bondad, de justicia.

JUSTO A. FACIO

San José, a 26 de marzo de 1916.

CERVANTES Y LA MODERNIDAD

CABALLEROS: Yo soy don Miguel de Cervantes Saavedra, poeta de pluma y espada; y en prueba de ello, manco.

Con esa fórmula, de presentación, según Víctor Hugo, toca a las puertas de las sucesivas edades el autor del Quijote.

Y el tono altisonante de la frase retrata al escritor-soldado y a su época extinta, cuyo esplendor refleja aún su brillo sobre la nuestra.

Hoy, los poetas no son de pluma, sino de plumas, como el pavo real, ese vate moderno.

Poetas de espada, tampoco los encontrará en estos tiempos el más aplicado escudriñador de humanidades vivientes. La copa ha venido a reemplazar la capa de Cyrano, y rimador que no comience por ser un borracho no es digno de descalzar a la más infeliz de las musas. De ahí el origen del simbolismo, del decadentismo y de todos los *ismos* contemporáneos.

El clasicismo del Siglo XVII, indudablemente, fué el reino de las ideas mediocres vestidas de aparatosos trajes y brillantes sedas; pero al menos, como dice Taine, se tenía el prurito de hablar y de escribir bien.

Alguien dijo que la época del Renacimiento se caracterizó, en literatura, por la culminación del sentido común, en lenguaje correcto.

La primera lectura del Quijote sorprende, en efecto, por su llaneza, la naturalidad del concepto, la comunidad de la idea, pero también, por la corrección y la armonía de su frase. Para poder apreciar la magnitud, la elevación de la tesis que encarna, es indispensable leerlo y releerlo muchas veces. Evidentemente, la gran preocupación de Cervantes fué la de no parecer grandilocuente.

El procedimiento literario cervantino fué, pues, muy Siglo XVII.

¿Será cuerdo tratar de mantenerlo en nuestros tiempos? Opino, muy modestamente, que no. Hoy se va presto en todo: el concepto debe ser rápido y directo como un proyectil, la descripción colorida y brillante, instantánea como la impresión de una fotografía. Escritor que se atarde en la elaboración de una frase, conceptuosa y lenta, que emplee cuatro largas páginas de texto para redondear una idea, en lugar de saltar de peñón en peñón, para llegar cuanto antes a la cumbre de su obra, no debe aspirar a los favores de la moderna popularidad. Hugo, Flaubert, Michelet, Paul Adam, que en cuatro líneas expresan un mundo de ideas y sugieren ciento, son los maestros, entre otros, de la modernidad en literatura.

El donaire, la donosura del período, la sonoridad de la frase ondulante: todo eso fué muy bello, muy elegante y tranquilo,—en su tiempo—. En los nuestros hay demasiado qué hacer y qué aprender: la literatura aspira a ser una de tantas formas vigorosas de la *acción*. ¿No les parece?

LA MUERTE DE SANCHO PANZA

Una semana hacía que la buena de Teresa miraba con dolor que a su marido Sancho Panza se le llegaba el fin de sus días.

Con cristiana resignación, esperaba el fiel escudero la llegada de esa espantable mensajera, que llaman la muerte y—a veces—cuando notaba muestras de tristeza en su mujer, solía consolarla poniendo algunas concertadas razones entre la sarta de sus refranes.

«¿No ves, mujer,—decíale—que Dios, Nuestro Señor, así como puso el sol en los cielos, para librar a los hombres de la obscuridad, hizo la muerte para libralles de los males de la vida? Y no debes afligirte, pues hoy por mí y mañana por ti; la muerte, como la marea, a nadie espera.

«Aunque buenos azotes me costara, buen gobierno tuve y no de un pequeño estado, sino de grande y verdadera ínsula. Mis ojos han visto lo que jamás otros ojos vieran. He visto—en aquella venta encantada,—a mi señor D. Quijote, a quien Dios dé gloria, trabarse en descomunal batalla con un grandísimo gigante y partirlo por en medio, como si hubiese sido un corderillo; he visto princesas tornarse, mal de su grado, en desaliñadas labradoras y he visto...

—«Mucho, Sancho amigo, te queda por ver! Si no, díganlo nuestros nietos, los hijos de Mari-Sancha y los de Sanchito, que ya hacen de cuentas que su agüelo algún día ha de encontrar otra ínsula más estable que dejalles.

—«¡Dios, Nuestro Señor los libre de ínsulas!— interrumpió Sancho en este punto.—¿Por ventura no te basta mi experiencia con aquel excomulgado doctor Recio y con todos aquellos revolucionados insulanos? Necio fuí al acetar la propuesta de mi señor D. Quijote, de irnos buscando aventuras por el mundo. Bien se está San Pedro en Roma y bien nos estábamos el Rucio y yo aquí en el pueblo, en vez de ir a pasar días con hambre, noches en vela y meses de desventuras. Y ¿qué necesidad teníamos el Rucio y yo, de andar caluniados en esas historias que dicen que escribió un moro encantador?»

A buen seguro que Sancho hubiera proseguido en sus lamentaciones, si en ese momento no hubiese acertado a entrar en el cuarto el menor de los hijos de Mari-Sancha,—todo azorado y con la color encendida de puro agitado;—con la noticia de que el señor cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco, estaban a la puerta, esperando saber cómo iba de salud el abuelo.

Disponíase Teresa a recibir los visitantes, cuando aparecieron éstos a la puerta del cuarto.

—«¿Cómo váis, Sancho amigo?»,—preguntó el cura.

—«Más aprieta de lo que yo quisiera, pero creo que tarda muy poco el fin desta mi última aventura. Grande honor me hacen las vuestras mercedes viniendo a informarse del estado deste pecador,

si nos dejamos arrastrar por ellas, nos hundén y nos pierden; si les abrimos canales y las llevamos a los sembrados, nos dan la vida, la alegría y el bienestar. Llevad vuestra voluntad hacia el bien y seréis dichosos. Vivid en paz, sin envidias ni rencores; ayudad a los buenos, seguid mi ejemplo y haréis que nunca esté de más la herencia de Sancho Panza en este mundo.»

Diciendo estas palabras, dejó caer el antiguo escudero su cabeza blanca sobre la almohada y quedó como si durmiera.

Dieron los nietos grandes voces de alarma, a cuyo ruido llegaron Teresa, el cura y sus amigos. No poco trabajo costó hacer que Sancho se reanimara por breves momentos, durante los cuales tuvo tiempo el cura de darle su bendición. La respiración del enfermo se había hecho corta y rápida; sus ojos afebrados, ya miraban sin ver y de allí a pocos instantes, su alma sencilla y buena, había ido a reunirse con la de su caballeresco señor. en la otra vida.

HÉCTOR NARANJO

La Plata. Rep. Argentina

Modesta ofrenda

La amistad impone deberes ineludibles, y en atención a ellos correspondo a la llamada de ARIEL para ofrecer el tributo de mis limitaciones a uno de los más nobles monumentos literarios producidos por el ingenio humano: el inmortal don Quijote de la Mancha. Esta llamada señala discretamente el campo de acción a que deberá concretarse nuestra labor, consistente en manifestar la expresión del pensamiento que la lectura del libro cervantino nos haya sugerido; empresa ardua para mí, que, deslumbrado por el derroche de bellezas que encuentro en cada una de sus páginas, fluctúo y siento el vértigo que causa la contemplación de las maravillosas creaciones que no pueden ser abarcadas por nuestro reducido alcance intelectual. No obstante, intentaré refrenar la mente para ver si responde al fin propuesto; y sin más preámbulos, pongo mano a la obra:

¿Cuál es la idea culminante, cuál el sentimiento más definido que de mí se posesionan cuando me sumerjo en el apacible deleite que se desprende de la lectura del Ingenioso Hidalgo de la Mancha?

Séame permitido responder asociando el arte que profeso, el del diseño y el color, al de la palabra. Pues bien: si considero una obra de arte pictórica, tanto más me cautiva cuanto más vivo res-

plandece en ella el sabor de la realidad, sostenido por el fácil y cuidadoso maridaje del seguro trazo, del acertado tono, del bien concertado motivo, resumen del estudio sagaz y la cultivada experiencia. Si el artificio artístico desaparece y la obra contemplada asume y sostiene la espléndida apariencia de una realidad que subyuga y admira, como subyugan y admiran las maravillosas manifestaciones de la Naturaleza, entonces adquiero la convicción de que en aquella labor ha intervenido una chispa de la divina gracia que embellece el entero Universo. Y si el plan de la obra propende a despejar de tropiezos el sendero del adelanto humano, creo que el artífice llegó a merecer ocupar un puesto eminente en el desenvolvimiento del plan de Dios.

Ahora: Leyendo el *Quijote*, ese inimitable modelo de crítica que señala los puntos vulnerables de las tendencias de una época, y las candideces de ánimo que más o menos llevamos todos latentes o manifiestas en íntima asociación con nuestra personalidad, esa crítica paternal y educadora en que la postura grotesca y la cómica traza no empañarían la gentileza y dignidad del alma de los protagonistas que la informan, si la hubiesen tenido, adquiere a mis ojos las apariencias, no de la imaginada ficción y galana fantasía, sino de la más encantadora de las realidades. A poco de acomodar mi percepción a la manera de ver y de entender del Manco de Lepanto, ya no parece que vivo en el reducido medio que me rodea, sino en aquel donde él, con la superior mirada de los genios inmortales recogió el caudal insuperable de pormenores y experien-

cias del Arte, de la Ciencia, de la Filosofía, del mundanal y el verdadero aspecto de las cosas.

Tengo la creencia de que en épocas determinadas, en consonancia con el estado evolutivo de las naciones y de las razas, aparecen en ellas individualidades de índole tan receptiva, que son capaces de vibrar en armonía con los caracteres y cualidades del conjunto. Parece que esas almas privilegiadas se identificaran con el alma colectiva para exteriorizar y perpetuar sus experiencias, su peculiar adelanto y tendencias, y sólo así me explico el portentoso modo con que Cervantes resume en el *Quijote* todos los rasgos propios de la gran familia española, constituida por la amalgama de los más sobresalientes pobladores de la tierra. ¿Exagero? Solamente podrá suponerlo así aquel que no haya tenido la feliz oportunidad de convivir con los actuales descendientes de la generosa nación que está llamada a renovaciones inesperadas, nación que ha venido padeciendo las consecuencias de la plétora de sus actividades y abrumadora grandeza. Los que la conocen, aquellos extranjeros que, como Edmundo de Amicis, han podido estudiarla con imparcialidad y claro discernimiento, es seguro que habrán notado que los modelos en que se inspiró el autor del *Quijote* pululan todavía en ella por todas partes, entre las novísimas tendencias deducidas de un materialismo importado y extraño a su compleción e idiosincracia esencialmente espiritual, caballeresca, artística y filosófica, con su contraparte originalísima de la perspicacia y malicia redomada y bonachona de la masa popular campesina, que generalmente une a la sencillez candorosa aquella vivaz

e ingeniosa percepción calificada de «gramática parda», el deseo de agradar y servir con desinterés hasta tocar con frecuencia en los límites del sacrificio. Cervantes encontró la manera de personalizar estas características cualidades nacionales en su Caballero Andante y el fidelísimo escudero, en quienes se resumen con aticismo y derroche de gracia insuperables los extremos del ideal a que el mundo entero aspira, de la justicia, la fraternidad, el amor; de la guerra a la hipocresía, la mentira y la farsa sociales, ideal que resplandece y brilla tanto, más por emanar de una mente dislocada y fantástica, contrastando con la redomada malicia sanchopancesca, sensualista y materialota, incapaz de aceptar como práctico y bien encaminado nada que no satisficiera las aspiraciones propias de nuestra inferior y percedera naturaleza.

Parece que Sancho y su señor y dueño representaran, uno el tosco vaso de arcilla del cuerpo humano ávido de emociones, de vida animal, y el otro el alma debatiéndose y chocando en él, en sus obscuridades, asperezas y limitaciones. De este contraste, se desprenden de continuo en el más humano de los libros, brillantes y continuos chispazos de la sabiduría y del ingenio, estrellas luminosas en el cielo del arte del bien razonar y el mejor decir, los cuales persistirán como lámparas inextinguibles a través de las edades. De la locura del Quijote brotan lecciones insuperables de filosofía, de ciencia y de arte, de racional religiosidad y equilibrado concepto de la Libertad y del Derecho.

De la de Sancho la taimada prudencia, los

ensueños de grandeza, la villana glotonería y la admiración sincera por todo lo que supera a la vulgaridad. Lo óptimo y lo pésimo de las realidades de la vida; la trama en que se entremezclan bienes y males, la verdad y el error; las fulguraciones del inmortal espíritu entre las densas sombras o las luces engañadoras de la percedera ilusión; todo cuanto promueve experiencias y lecciones sin las cuales se detendría la rueda alada del universal adelanto, se sintetiza en estas vigorosas creaciones del Caballero Andante y su abnegado escudero, cuya realidad puede encontrar cada cual en sí mismo, si se examina con imparcialidad, en tanto que vida tras vida supera sus humanas limitaciones.

¿Ha sido este el plan que se propuso desenvolver Cervantes con la facundia insuperable de su verbo y el caudal inagotable de sus observaciones y talentos? Tal es mi convicción; y por consiguiente, considero el *Quijote* como un verdadero y genialísimo poema, como tratado especialísimo de cultura y buen sentido.

Considerando, por último, que resulta casi un fracaso en el concierto social el ser incapaz de orientarse hacia la conquista de los nobles ideales a que debe aspirar el alma desenvuelta, los de la fraternidad, la libertad de conciencia, y el amor a la belleza, siempre tendrá más devotos y admiradores el loco, el Caballero de la triste figura convirtiendo en alas de su fantasía en castillos encantados las míseras cabañas, en gentiles princesas, las cerriles Dulcineas, y empleando sus arrogancias infantiles, ya contra efectivos vicios

e injusticias, o contra las quiméricas creaciones de su descarriada imaginación, que no los de mente calculadora y árida que vejetan como parásitos a la sombra de su egoísmo, empequeñeciéndolo todo al compararlo con su inútil dogmática y personal suficiencia. Hay que levantarse siempre, aunque tropezando y cayendo, en busca de más amplios y extensos horizontes, más bien que cristalizarse a la sombra de las vetustas murallas del acostumbrado modo, que ya no responda a las exigencias del porvenir.

TOMÁS POVEDANO

Al correr de la pluma

con motivo del Centenario de Cervantes

*Cuando me cansan los diverso libros
que forman mi modesta biblioteca
y no sé que leer, tomo el Quijote,
abro en cualquier lugar y se despeja
mi frente con la riña maliciosa,
gozo y admiro y a mi mente llegan
las perfumadas brisas del ensueño
o el olor repugnante de la venta.
Siempre es bello ese libro, donde hallamos
el casto amor, la virginal pureza
y el afán ideal por la justicia,
junto al hartazgo que los vientres llena;
la angélica visión que hace posible
sufrir el tedio atroz de la existencia
y el gusto de vivir sin enfadarse,
sin inquietud por nada, sin ideas,
sin darse cuenta de tener un alma
y ocupados tan sólo en la materia.
Oh! «cima en la montaña de los Genios»,
del arte excelso peregrina estrella,
Cervantes inmortal: no hay en el mundo
canto que digno de tu fama sea.*

J. M. ALFARO COOPER

Abril de 1916

El encanto de un libro

Una casa silenciosa coronando una colina.

Al pie del muro, un cerrojo que cede a la presión de una mano temblorosa. Pasos que resueñan en la piedra como eco en una cripta solitaria y despiertan levemente, las memorias de otras épocas felices.

Las voces acalladas del recuerdo levantan un rumor en aquellos corredores tan húmedos y fríos; y la luz tranquila de la tarde, desgrana oro y bronce en la sombra que se alarga, por la puerta entreabierta de una estancia.

Es la estancia de un filósofo que ya duerme entre los buenos. De su grave pensamiento hay vestigios en los viejos anaqueles; y los libros saturados en su ambiente y acotados a la margen, revelan las ideas luminosas que, entre líneas, su mente concebía.

El silencio sereno se interrumpe y penetra al aposento una mujer: és la huérfana que atraída por amor a ese santuario, viene a llevarse su tesoro.

De un mueble abierto que le brinda sus secretos, arranca como a una flor los pétalos: unos son páginas de un diario, otros descoloridas hojas de antiguo copiador.

Todos son fragmentos preciosos de una vida acrisolada.

Al retener en brazos su trofeo y alejarse entristecida, un libro se desliza de la mesa, y al caer le obstruye el paso. Con respeto alza el tomo que tan tímido reclama un lugar junto a su pecho, y alcanza a leer un nombre esclarecido: el de Cervantes!

Y el encanto de aquel libro transforma su visión interna, arrebatada su mente de la triste escena en que la hierba invade el jardín de la casa solariega y las plantas se quejan de abandono, para lanzarla en la vida luminosa del recuerdo donde surge la apacible alegría de la infancia.

La serena velada familiar de otros días reaparece. El Padre preside la lectura; y su palabra reposada va repitiendo ante los hijos, sentencias geniales del *Quijote*.

APAIKÁN

Notas

El *Quijote* en las escuelas de los muchachos. No en arreglos hechos especialmente para niños; sería eso limitación, restar posibilidades de enriquecimiento espiritual. Ha de ser en edición completa, sin notas, con letra grande y hermosa, con láminas excelentes. Y luego, que los muchachos lo manoseen, cuando y como quieran, libremente. Hoy, risas placenteras; mañana, compasión, inquietud, melancolía, la flor del ensueño que tú, mi discípulo, quien quiera que seas, sientes abrirse en tu alma.

Risas, he dicho. No descrédito. Porque entendámonos; maestros hay que presentan a D. Quijote para desestimarlo con sus discípulos. ¡Cuidado! Infamarlo no. Amarlo, comprenderlo. De no, sería ir contra el quijotismo, multiplicar el número de venderas amas, rapabarbas y venteros. D. Juan Montalvo se queja de que el mismo Cervantes haga dar vueltas a D. Quijote por las calles de Barcelona, con un cartel infamante en la espalda, seguido de un tropel de muchachos burladores.

∴

Poderosá influencia de lo que uno lee ahora al apreciar lo que verá más tarde. Dichoso el que

ácerte a leer en edad propicia algo inspirador, sugerente.

Beneficiosa influencia de los Libros de Caballería. En ellos hallaron inspiración—que yo sepa—Teresa de Cepeda, Ignacio de Loyola, Hernán Cortés y Alonso Quijano el Bueno.

Beneficiosa influencia del *Quijote*. A inspirarse en él.

El *Quijote* fué el último libro que leyó nuestro padre Bolívar. ¡Alto y memorable ejemplo!

D. Quijote humilde, sabio, conforme. Deja que de él se apoderen las influencias. Y así ha de ser. Simpatía, admiración por los héroes de sus libros favoritos. Muy consciente D. Quijote de la influencia que él recibe de Amadís. Al imitarlo se engrandece.

Antes de lanzarse a las aventuras reales, D. Quijote de los libros las pasa al simulacro. Fe en lo que dicen los libros al consagrarse en algo: caballero andante o lo que sea. Mucho se interesa don Quijote por los libros. Son ellos los que lo confortan en los trances difíciles.

Obediente, no busca originalidades, no quiere hacer mundo nuevo, prosigue la tradición de los precursores.

Siempre amable el caballero, temeroso de herir. Humilde con los humildes. Humilde pero orgulloso, satisfecho de su intrínseco valor. «Yo sé quien soy», dice D. Quijote. No pudo expresarse con más arrogancia y firmeza el extraordinario sentimiento de su personalidad.

La canalla más se asusta con lo que dice D. Quijote que con lo que hace.

El Don enaltece en el concepto de D. Quijote. Dejémoslo para aquellos de quienes recibimos mercedes.

Universalidad de D. Quijote. Entiende el lenguaje de cuantos encuentra o de los que con él tienen que ver. Muy sensible a los relatos que escucha. Todo en él ejerce influencia. ¡Cuánta comprensión en D. Quijote de toda suerte de desventuras ajenas! En él todas las víctimas hallan simpatía.

Eso es, Don Quijote ve en su imaginación lo que no se ve ni hay.

Sancho ve con muchos ojos cuando el miedo se apodera de él. D. Quijote, cuando el coraje.

D. Quijote se preocupa por adquirir todo ensalmo, cuanto posea cierta virtud para ponerlo al servicio de sus ideales.

Terrible frase en boca de ventero. «Es D. Quijote, no hay que hacer caso.» ¡Cuán penosa y aplastante! ¡Y qué efecto produce en D. Quijote! Desprecio, saña; desaliento no.

D. Quijote se ríe de que le llaman robador y saltador de caminos y carreras. ¡A él! Bajo y vil entendimiento del vulgo que no comprende la misión de sus redentores. Han perdido la gracia del cielo, son ignorantes. ¿Se menosprecia por ignorancia?

D. Quijote habla a la ventera y a Maritornes como si hablara a los cabreros. Y el que pueda que entienda. Y con ello los enaltece. Poco pedagógico es D. Quijote. Al cielo deja que los demás entiendan la verdad.

Rasgo típico; maltrata un cabrero a D. Quijote; oye éste el ruido de una carreta, imagina al punto aventura nueva y pide tregua.

Sigue habiendo tardanza de D. Quijote. Y ya estamos en 1916.

Del quijotismo:

No olvidar los consejos.

El cumplimiento de la palabra a todo gusto se antepone. Aun cuando el mundo de Haldudos esté lleno, creer que los caballeros nos cumplen los juramentos, respetan nuestros mandatos tan pronto como bajemos el brazo castigador o nos alejemos.

No quitar la honra a nadie.

Perdonar las ofensas.

Padecerlo todo por la negra que llaman honra; molidos, pero no afrentados. Antes la vida que desdeír la buena opinión. ¡Cuidado con dejarse vencer jamás! Para D. Quijote las decisiones del destino, cumplidas en él o en los demás, son sucesos que atribuye a quimeras de la andante caballería. Aunque se sienta víctima de los encantamientos, como tal no quieren que lo consideren. Tan pronto sale del apuro, recobra su arrogancia.

No está bien comenzar empresa nueva sin concluir la anterior.

Ennoblecir hasta lo más grosero.

Conformidad con el destino. Sólo ante los juicios de Dios se rinde el caballero. Confianza en la justicia divina, sobre la terrenal.

El quijotismo recomienda la buena crianza; el callar, el ser paciente; la fama, la inmortalidad so-

bre todas las cosas; el culto por la tradición, por el ejemplo de los mayores.

El quijotismo tiene un concepto optimista del hombre. A lo sobrenatural atribuye las acciones de los que lo maltratan. Pasado el desastre, el quijotista lo ve con los ojos de la cara, pero siempre se lo explica como cosa sobrenatural.

El quijotismo no demora; hay mucho que hacer en pro de los menesterosos.

Temeraria, decidida confianza en sí. ¿Quién dijo miedo? Triunfa quien cuente con la ayuda de los quijotistas. Cuando el quijotista se resuelve a proceder, ni oye, ni vuelve a ver, ni siente pedradas. Nada detiene al caballero, ni lágrimas ni ruegos. Ante el tuerto no hay palabras blandas que lo detengan.

Hable el quijotista y hable bien. Y luego, que entienda el que pueda.

No ver a las gentes tal y como son, que es mala ventura. No basta serlo, hay que parecerlo.

En las cosas del fuero interno, íntimas, cada uno es su propio caballero. No es necesario que lo armen tal.

Guardar nuestros fueros internos de la curiosidad y maldad del prójimo. Si el caballero no quiere verse menospreciado del vulgo, no intime con él.

Con el quijotismo se sirve a Dios.

El quijotismo por igual entiende de letras y armas. Antes la espada que la pluma. Si no bastan razones, venga la espada. Ante las armas no valen dudas y razones.

El quijotismo siempre guía. Es raro que renuncie este privilegio en manos del sanchopancismo.

Para el caballero, ante todo, el dictado de la conciencia.

En todo, comedido ha de ser el caballero.

Rechaza el caballero toda suerte de adulación.

Gusta el quijotismo de lo misterioso.

Disertaciones de canónigos, cosa aburrida y pedantesca. No se aviene el quijotismo con la pedagogía de canónigos, curas y otros pedantes por el estilo.

Nos basta creer que una cosa es para que tenga tanta realidad como si de veras lo fuera.

Precepto quijotista: discreción, discreción. Ver y callar. Hablar claro cuando es de justicia decir algo.

No concibe el caballero gente forzada. ¡Libertad! ¡libertad!, el mayor de los bienes.

Es de pechos nobles no hacer caso de niñerías. De gente bien nacida y buena cristiana, la gratitud, los sentimientos compasivos y tiernos.

Hay que cobrar fama, pero a costa de trabajos y con el tiempo.

No hay quijotismo si no se tiene real estirpe, adquirida con hechos famosos o derivada. Gana realza prestada quien sirve al caballero.

Por los hijos, perdonar las injurias.

Creer que la fortuna no se cansa de perseguir a los buenos.

No olvidar que los malos deseos nos mantienen despiertos.

El caballero entenderá de todo.

Si hay que rescatar un ofendido—así esté en el otro mundo y sea ventero—se sacará a pesar del mismo mundo que lo contradiga.

El quijotista intente ascender, aun cuando los demás, los prójimos y las cosas, lo aten a este bajo suelo.

Desatinar sin ocasión: el colmo del quijotismo.
El quijotismo va a caballo. ¡Noble símbolo!



Dulcinea debe enterarse de toda hazaña del caballero. Todos los trabajos los padece el caballero por ella. Hay que penar mucho para hacerse digno de la gloria.

Para mercaderes es locura confesar que no hay en el mundo más hermosa doncella que Dulcinea. Algo incomprensible para mercaderes: creer en la gloria y hasta defenderla, sin verla y oirla.

Es Dulcinea la que fortalece en las horas de peligro.

Sin amor de la dama, no se hace obra que sea legítima.

Sin la ayuda de Dios no se sirve a la dama.

Nada se alcanza de Dulcinea, si a ella no se entrega uno en absoluto.

Desencantar a Dulcinea, hacerla no como resulta por influencias del hado o de los demás, sino como la soñamos. ¡Conmovedora empresa!

Morir haciendo algo notable, y que Dulcinea haga lo demás.

¡Ya lo creo que el linaje del Toboso de la Mancha ha dado principio a toda una gloriosa familia!



Hay posibilidades de quijotizar a Sancho. Le cojo la palabra a Cervantes: «A Sancho le faltaba poco para tener la enfermedad de su amo».

Sancho es iluso desde el primer instante; a su modo, se quijotiza. Y teje sus sueños de prosperidad personal lo mismo que D. Quijote los suyos propios. Hasta para prosperar en los negocios el ensueño es palanca poderosa.

Tan pronto como Sancho ve la posibilidad de obtener la ínsula prometida, la figura de D. Quijote se exalta a sus ojos. Perdida la fe, se torna irritable y murmurador.

Sancho detiene al caballero, si hay peligro. Lo que no le impedirá recoger los despojos si el caballero triunfa. Lo que Sancho saque lo tiene como ganado en buena lid por su Sr. D. Quijote.

El ejemplo de D. Quijote impulsa a Sancho hasta la aventura peligrosa.

Sancho, quietud. Lo demás, alboroto, cosa de encantos.

Caridad, compasión, cualidades de buen gobernador.

El hombre sencillo allá bien con sus animales y los siembros, y no metido a gobernador. El gobierno exige en quien lo ejerce la posesión de una autoridad moral que Sancho no posee por bueno que sea.

Con su experiencia del gobierno, Sancho comprende que más vale la compañía de D. Quijote que el mando de todas las ínsulas.

Un vuelo, aunque sea imaginario, saca al san chopancismo de sus inquietudes puramente terrenales. Ya que no puede remontarse con las alas del ensueño, que lo haga al menos con las de Clavileño.

La chatura de la visión de Sancho caído en la cima, cuánto lo distingue de D. Quijote en la cueva de Montesinos. De tales pasos no nos sacan jumentos.

Eso es, ideen los burladores cuantas fantasías quieran, así les pinten llamas y diablos, que a Sancho no le inportan un ardite, mientras no lo quemén o no se lo lleven.

Redimir, desencantar en virtud de los azotes.
¡Allá para los sanchos!

¡Cuántos encumbrados de la noche a la mañana se harán este cargo de Sancho!: «Séase eila *señora* y venga lo que viniere».

Es claro, ni D. Quijote hace caso de Sancho porque lo conoce, ni éste de aquél por lo mismo. No es posible que se entiendan. Cada cual comprende el mundo a su manera. Cada cual hace como quien es: Sancho como Sancho que es, Don Quijote como D. Quijote que es.

Sancho y los pastores con cierta melancolía confiesan que no saben leer y escribir. El pastor Antonio sí sabe y además canta; con lo que ha adquirido ya cierto señorío,

Canta de tal manera que encanta. La voz, el canto, se estiman mucho en el *Quijote*. La buena voz como un dón del cielo; atrae, seduce, le dá merecimientos a quien la posee.

Canto, música, espada diestra, acreditan a cual quiera ante D. Quijote.

Curas y barberos nos hallan razonables tan luego como pensamos y procedemos como ellos. Se erigen en nuestros mentores, pero cuando creen que nuestros yerros no dañan la conciencia, no hallan por qué sacarnos de ellos. Nos dejan locos para escarnecernos.

Terribles son las maquinaciones de curas y barberos. Y lo peor es que hasta los sabidores de las burlas llegan a creer que es verdad lo que hacen.

Horrible cosa esta tutela de amas y bachilleres que nos creen locos, hombres sin juicio, y que se entregan a la tarea de curarnos. ¿Qué les importará nuestra locura? Al curarnos de ella nos dan la muerte, que es preferible a la chata vida que preconizan.

Siempre tiene de que reír el sandio con nuestras aventuras. Pero se contagia, y hasta cree haber vivido las suyas propias a su modo.

Los galeotes se benefician con el ideal que se vive, pero no lo comprenden. Terrible cosa esta de redimir a villanos.

Para el vulgo no está que se le pida que haga usos nuevos.

Siempre que el vulgo sorprende una debilidad en el héroe, se regocija de ello, y se la echa en cara.

El villano no entiende el ideal y menos, si en él no ve el beneficio inmediato.

Es claro que el bálsamo de Fierabrás aprove-

cha a los que en él creen con fe sincera, no a los que lo aplican de ocasión.

*

No influye el libro si no se cree en él, si no se tiene por cierto lo que en él se lee.

Por las lecturas puede apreciarse la alteza de un entendimiento.

Aun para burlarse, ha de atenerse el vulgo a lo que dicen los libros.

*

¡Cuánto Maese Pedro vive en el mundo a costa de su lengua, su mono sabio y su retablo!

De la pedagogía de Maese Pedro: «Llaneza, muchacho; no encumbrarse, que toda afectación es mala.»

*

Los bandoleros son a veces compasivos, protectores y vengadores. Tienen mucho del temple quijotesco, sobre todo en aquello de que las fuerzas no se agotan cuando hay que defenderse de alguaciles y cuadrilleros. D. Quijote no vacila en hacer caballero andante a Roque Guinart. Ambos respetan a las mujeres y a los soldados, portadores de armas.

*

Ofensas a las damas, murmuraciones, sacan de quicio a D. Quijote.

Vengarse con sátiras y libelos de los desdenes de las mujeres, es cosa indigna de pechos gene-

rosos. A volver por la honra de las mujeres, contra cuerdos y locos, está obligado el caballero.

De mujer no se diga mala palabra. Quien en ella pone la lengua, palos merece. Nuestro Martí, egregio quijotista, dice en los *Versos Sencillos*:

*¿De mujer? Pues puede ser
que mueras de su mordida;
pero no empañes tu vida
diciendo mal de mujer.*

«Hermano cabrero.» ¡Qué me encanta este trato! La luz natural que Dios puso en el alma de Sancho y de todos los que a él se parecen—no obstante malicias y mezquinos intereses aldeanos—les permite comprender el quijotismo y hasta padecerlo. De los que se han barnizado el alma en las escuelas—bachilleres y otros pedantes—salen los enemigos mortales del quijotismo. El labriego se compadece, no se burla. ¡Cuán distinto del vulgo con lustre! ¡Pobre D. Quijote! De las manos de curas y barberos pasa a las de canónigos y duques. De vulgo en vulgo. Escarnecido por advertidos criados de duques, ¡terrible cosa!

Del pueblo al libro: «como al más pintado.»

Desinencias libres: exentar de exento. Absortar de absorto.

¿Se dice *cris* o *eclipse*? Para Cervantes esto es reparar en niñerías. «*Estéril* o *estil*, todo se sale allá.»

Copiemos, que es buena doctrina: «*Erutar*, San

cho, quiere decir *regoldar*, y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al *regoldar* dice *erutar*, y a los *regüeldos*, *erutaciones*; y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco; que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.»

*

Nada se hace sino creemos verdad las soñadas invenciones.

Todo, todo participa de nuestro alborozo cuando hemos realizado algo de lo que soñamos.

Quien porta un ideal, que esté alerta. Siempre despierto, y agradecido de las ocasiones que el cielo le da de ejercerlo. Ver en todo el anuncio de nuestro destino vigilante, convertir todas las cosas en estímulos, en agentes de nuestras empresas, esta es la inmortal lección de Nuestro Señor Don Quijote.

Creerse necesario. Aun las apariencias nos sugieren la idea de que se necesita de nosotros, de nuestro favor y ayuda.

El culto a un ideal centuplica nuestras posibilidades de acción. Somos más que los otros en la medida de lo que hagamos.

La empresa del ideal debe tomarse muy en serio.

Defendamos lo que poseemos con valor, y ya ganamos la estimación de D. Quijote.

Eso es, caletre para hacer algo no nos falta; lo que no siempre llega es la ocasión propicia.

Sobrevengan desventuras, pero no nos falten el esfuerzo y el ánimo. D. Quijote quiere que con él compartan los demás su optimismo, su humildad, su resignación.

Entreguémonos al misterioso Destino, a do quiera llevarnos, al querer de Rocinante.

No nos descubramos así, de cualquier modo. Descubrámonos ante quien no nos conozca con una hazaña.

¿Qué no hay ambiente? Pues aprendamos a velar nuestras armas en el patio de cualquier venta. Bástenos la ilusión de que es castillo. Y abrámosle en cuatro la cabeza a todo arriero que por darle de beber a sus mulos, atropella lo que más amamos y defendemos.

No sé quienes nos perjudican más, si los que nos lapidan o los que de nosotros se burlan. Los jayanes en el *Quijote*, poco hablan y tiran piedras. Los modernos hablan y escriben mucho, pero no apedrean; tal vez más les valiera lo primero.

Hagamos el beneficio. Es posible que no nos lo agradezcan, es posible que por enderezar unas cosas, echemos a perder otras (ya que «no todas las cosas suceden del mismo modo»), pero hagámoslo, aun a mercaderes.

Sintamos la nobleza del arte que cultivemos y cuidado con ceder al vulgo.

Hablemos como hablamos, sin importarnos si nos entienden o no. Así ha de ser, yo me entiendo y si los demás no me entienden, allá ellos.

Si un ideal tenemos, sin vacilar pongámoslo

sobre todos los ajenos, y esta preeminencia ha de mantenerse a trueque de la vida si es necesario.

Afortunado aquel de quien se diga: «Si no acabó grandes cosas, murió por acometerlas.»

J. GARCIA MONGE

Abril de 1916

INDICE

VAL. F. FERRAZ.....	Carta ✓
HERNAN ZAMORA ELIZON- DO.....	Dios y hombre ✓
C. GAGINI.....	Don Quijote se va ✓
FELIX MATA VALLE.....	El Quijote de Cervantes ✓
" " " 	En el tercer centenario de la muerte de Cervantes ✓
ISIDRO MARIN CALDERON	El libro de los españoles ✓
CARMEN LIRA.....	De cómo Clavileño no fue des- truido ✓
ROGELIO SOTELA.....	Psalmo lírico en el día de Cer- vantes ✓
RICARDO JINESTA.....	El Quijote ✓
J. ALBERTAZZI AVENDA- ÑO.....	Retorna....
ANGELA BALDARES.....	A propósito del Centenario ✓
R. FERNANDEZ GUARDIA	Mi primera lectura del Quijote ✓
N. QUESADA.....	Ofrenda ✓
ASDRUBAL VILLALOBOS..	Los dos manchegos ✓
ROMULO TOVAR.....	La biblioteca de Don Quijote ✓
JOSE FABIO GARNIER.....	Segundo coloquio ✓
ERNESTO MARTIN.....	Don Quijote ✓
JUSTO A. FACIO.....	Don Quijote en la escuela ✓
RAMON ZELAYA... ..	Cervantes y la modernidad ✓
HECTOR NARANJO.....	La muerte de Sancho Panza ✓
TOMAS POVEDANO.....	Modesta ofrenda ✓
J. M. ALFARO COOPER....	Al correr de la pluma ✓
APAIKAN.....	El encanto de un libro ✓
J. GARCIA MONGE.....	Notas ✓

COLECCION ARIEL

CUADERNOS PUBLICADOS

A \$ 0.25 cada uno.

- Alas, Leopoldo (Clarín): *Cuentos*
Alfaro Cooper, José María: *Poesías*
Almafuerte: *El Misionero*
Amiel: *Fragmentos de un Diario íntimo*
Andreieff, Leonidas: *Erase una vez...* y artículos de Azorín, A. Masferrer, Anatolio France, etc.
Apuleyo: *Historia de Psiquis y Cupido*
Arciniégas, Ismael Enrique: *Poesías escogidas*
Azorín: *Lecturas*
Barret, Rafael: *Artículos*
Basilio, San: *Homilía a los jóvenes*; versos de Lugones y *Biblis*, de P. Louys etc.
Bambach, Rodolfo: *Cuentos de verano*
Benavente, Jacinto: *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*
Blanco Fombona, R.: *Selecciones*
Brenes Mesén, R.: *El canto de las Horas*
" " " *Hacia nuevos umbrales* (versos)
Caballero, Fernán: *Cuentos infantiles*
Carducci, Josué: *Discursos*
Coll, Pedro Emilio: *Ensayo sobre Ramón Campos*; artículos de Lugones, Pedro Prado y versos de C. Alberto Arrieta, etc.
Crisóstomo, San Juan. *Defensa de Eutropio*
Díaz Rodríguez, Manuel: *Ensayo sobre la vanidad y el orgullo*; artículos de Darío, P. Emilio Coll, Cornelio Hispano, etc.
Darío, Rubén: *La casa de las ideas*
Flaubert, Gustavo: *Herodías*
Gamboa, Isaías: *Poesías*
Gómez Carrillo, E.: *Evocaciones Helénicas*
González Z. Manuel (MAGON): *La Propia*
Guido y Spano, Carlos: *Poesías*
Gutiérrez Nájera, M.: *Prosa*
" " " *Amor y Lágrimas* (versos)
Grillo, Maximiliano: *Al Ilumani y otros poemas*
Herodoto: *Narraciones escogidas*
Ingenieros, José: *La moral de los idealistas*

- Labanca, Baltasar: *La misión pública de Jesús*, y selecciones de los Evangelios
- Lanza, Silverio: *Cuentos*
- Lugones, Leopoldo: *La voz contra la roca* y artículos diversos
- " " *El problema feminista*
- Maeterlinck, Mauricio: *El pájaro azul*
- Maragall, Juan: *Elogio de la palabra* y otros artículos.
- Martí, José: *Versos*
- Masferrer, Alberto: *Niñerías*
- Nogales, José: *En el pozo*; versos de M. Reina, etc.
- Ortega y Gasset, J.: *Vieja y nueva política*
- Persky, Sergio: *Tolstoi íntimo*
- Reclus, Eliseo: *El hombre y la tierra* (extractos)
- Renan, Ernesto: *Emma Kosilis*
- Rodó, J. Enrique: *Bolívar*
- " " " *Lecturas*
- Ruskin, Juan: *Los jardines de las Reinas*
- Taine, Hipólito: *Los jóvenes de Platón*
- Talero, Eduardo: *La Zagala*; artículos de Darío, Sanín Cano y J. Maragall
- Tovar, Rómulo: *Hércules y los pastores*
- Ugarte, Manuel: *Misceláneas*
- Urbaneja Achelpohl, S. M.: *Cuentos*
- Varios: *Rincón de los niños* (lecturas infantiles)
- " *Repertorio*; con artículos de Gómez Carrillo, S. Pérez Triana, etc.
- " *Lilas y resedas* (Cuentos franceses)
- " *Repertorio*; con artículos de Darío, S. Restrepo, y versos de E. Carriego, etc.
- " *Prosas* de Unamuno, Barret, etc. y *Versos* de V. D. Silva, etc.
- " *Páginas Colombianas*; con artículos de E. Pérez, Sanín Cano, C. Soto Borda, etc.
- " *Páginas diversas*; con artículos de Samuel Velázquez, S. A. Lillo, F. García Calderón, etc.
- " *Varia*; con artículos de Barret, Talero, Unamuno, etc.
- " *Repertorio*; con artículos de Almafuerte, Zorrilla de San Martín, Urbaneja Achelpohl, etc.
- " *Repertorio*; con artículos de M. Díaz Rodríguez, Xenius, Ernesto A. Guzmán, etc.
- " *Repertorio*; con artículos de Eduard Acevedo Díaz, Ri-

- cardo Arenales, Pío Baroja, Enrique José Varona, Alejandro O. Deustua, G. Lowes Dickinson, etc.
- „ *Repertorio*; con artículos de Ramón del Valle Inclán, Joaquín V. González, Guillermo Valencia, Vicente Medina, Eugenio D'Ors, Miguel Ródenas, etc.
- „ *Repertorio*; con artículos de Guillermo Valencia, Alberto Masferrer, Enrique Banchs, Rubén Darío, Santiago Pérez Triana, José Enrique Rodó, Miguel de Unamuno
- „ *Repertorio*; con artículos de Juan Zorrilla de San Martín, B. Sanín Cano, Carlos A. Villanueva, Alcides Arguedas
- „ *Repertorio*; con artículos de José Enrique Rodó, Antonio Machado, P. Henríquez Ureña, J. Lagos Lisboa, Cornelio Hispano, Enrique Fernández G., etc.
- „ *Repertorio*; con artículos de Ramiro de Maeztu, Pedro Prado, Alberto Nin-Frías, Andrenio, Eduardo Talero, Miguel de Unamuno, Enrique Prins, Leopoldo de la Rosa, Hispano, etc.
- „ *Repertorio*; con artículos de Azorín, Manuel Díaz Rodríguez, Andrés Beaunier, Ernesto A. Guzmán, Manuel Abril, Alberto Membreño, F. García Calderón, Enrique José Varona, Rubén Darío, Arturo Capdevila
- „ *Repertorio*; con artículos de José Enrique Rodó, Javier de Viana, Mauricio Maeterlinck, Juan E. O'Leary, Miguel de Unamuno, Enrique J. Varona, Gonzalo Zaldumbide, Roberto Southey, Hispano
- „ *Repertorio*; con artículos de Leopoldo Lugones, Pedro Henríquez Ureña, Andrenio, J. Moreno Villa, Salvador Rodríguez González
- „ *Repertorio*; con artículos de Luis G. Santa Marina, A. J. Pérez, Guillermo Valencia, P. Henríquez Ureña, Rubén Darío (poesías), Juan B. Terán, Andrenio, J. Enrique Rodó

Varona, E. José: *Lecturas*

Xenius: *Flos Sophorum*

Zambrana, Antonio: *El secreto de oro* y otros artículos

POR PUBLICARSE:

Juan Bertis: *Sobre el discurso de Cicerón en defensa de Licinio Archias*

Juan Montalvo: *Lecturas*

Sófocles: *Antígona Electra*
Herodoto: *Narraciones* (Segunda serie)
Isidoro Errázuriz: *Discursos*
RINCÓN DE LOS NIÑOS (Segunda serie)
La Fontaine: *Fábulas*
M. de Unamuno: *Lecturas*
Cecilio Acosta: *Lecturas*
Federico Proaño: *Artículos*
Carlos Ortiz: *El poema de las mieses*
Bernardo G. Barros: *Artículos*
Paul Elmer More: *Federico Nietzsche*
C. Alberto Arrieta: *Poesías*
A. Nin-Frías: *Páginas escogidas*
Santiago Rusiñol: *Cigarras y Hormigas*
Ernesto Renan: *¿Qué es una nación?*
Armando Palacio Valdés: *Cuentos*
G. Labarca Hubertson: *Cuentos*
Rosalía de Castro: *Poesías*
Juan Valera: *Asclepigonia*
C. Vaz Ferreira: *Lecturas*
C. González Martínez: *Por los senderos ocultos*
Porfirio: *La cueva de las ninfas*
José Martí: *Lecturas* etc , etc.

Pase a buscar los cuadernos que desee a la Imprenta Greñas, 100 varas al Oeste del Parque Central, esquina del Teatro Actua lidades, o a la oficina del Director, frente al antiguo Liceo de Costa Rica.